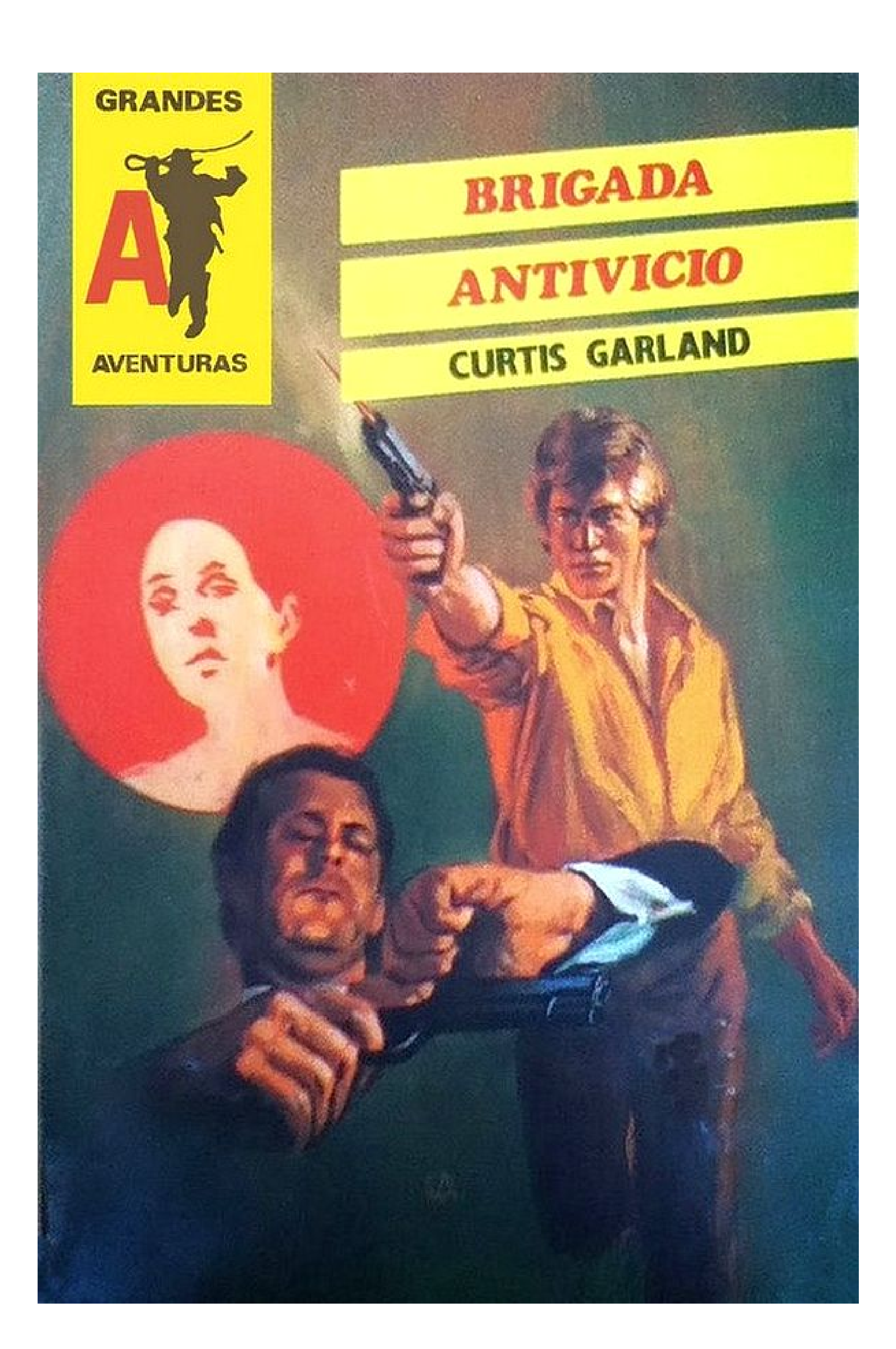

GRANDES
A
AVENTURAS
BRIGADA
ANTIVICIO
CURTIS GARLAND

Jerry Sykes probó el blanco polvo levemente. Chascó la lengua.

—De primera calidad —asintió con gesto complacido—. No esperaba menos de usted, desde luego.

—Yo siempre trabajo con lo mejor, amigo —sonrió el hombre de pelo blanco sedoso, de apariencia casi artificial, recuperando la bolsita de donde extrajera Sykes la pequeña dosis, para ponerla junto con las demás en el maletín, que cerró de golpe—. Ahora, veamos el color de tu dinero.



Curtis Garland

Brigada antivicio

Bolsilibros - Indiana James - 54

ePub r1.0

LDS 05.06.18

Título original: *Brigada antivicio*
Curtis Garland, 1989
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

Jerry Sykes probó el blanco polvo levemente. Chascó la lengua.

—De primera calidad —asintió con gesto complacido—. No esperaba menos de usted, desde luego.

—Yo siempre trabajo con lo mejor, amigo —sonrió el hombre de pelo blanco sedoso, de apariencia casi artificial, recuperando la bolsita de donde extrajera Sykes la pequeña dosis, para ponerla junto con las demás en el maletín, que cerró de golpe—. Ahora, veamos el color de tu dinero.

Sykes buscó bajo la mesa, sacando otro maletín que abrió delante de su interlocutor. Éste se inclinó, tocando los fajos de billetes de cien dólares que aparecían llenando la valija por completo. Tomó un fajo al azar, hojeando los billetes con rapidez. Los contó en un santiamén.

—Supongo que está todo —dijo, volviendo el fajo a su sitio.

—Como el polvo blanco —rió Sykes de buen humor—. Es una transacción comercial, ¿no? Acostumbro a hacerlas correctamente, lo mismo que mi cliente.

—Muy bien. Entonces, cambiemos los maletines, y listo. Da gusto hacer negocios con personas como usted, amigo. Si vuelve a necesitar mercancía, no dude en llamarme.

—Lo haré —asintió Sykes risueño.

Se inclinó a recoger el maletín. En ese momento, vio brillar el negro acero bajo la mesa. Sorprendido, dio un respingo. Llevó la mano al interior de su americana. Pero llegó tarde.

El arma provista de silenciador hizo dos taponazos secos. Jerry Sykes sintió en su pecho el impacto de ambas balas. Una de ellas debió perforarle el corazón. Sólo tuvo tiempo de extraer su arma de reglamento y hacer un sonoro disparo que retumbó en la sala.

—Trai… ción… —jadeó, desplomándose de bruces bajo la mesa. Derribó el mueble y los dos maletines. Su interlocutor se puso en pie, haciendo un tercer disparo sobre las espaldas del caído, cuyo cuerpo sufrió un espasmo al recibir el tercer proyectil. Luego, se quedó inmóvil. Rápido, el asesino guardó el arma, tomando ambos maletines. Echó a correr, dirigiéndose a una salida de emergencia. Fuera, en la calle, a bordo de un coche— patrulla, dos policías se sobresaltaron al percibir el estruendo del disparo a través de un emisor de radio acoplado a sus oídos mediante auriculares.

—¡Hay problemas ahí dentro! —jadeó uno de los dos agentes, incorporándose de un salto—. ¡Voy a ver! ¡Sykes sigue ahí dentro! ¡Y no emite ningún mensaje! ¡Tú, Webb, vete a por refuerzos, avisa a las demás patrullas!

—Sí, Ned, ve tranquilo —asintió el patrullero Harry Webb, tomando el micrófono de la radio para emitir.

Su compañero, mientras tanto, corría a la casa junto a la playa de Malibu, revólver en mano. Webb se dispuso a transmitir la llamada de alerta a las demás unidades policiales metropolitanas cuando su compañero desapareció dentro de la edificación situada al borde del mar, a menos de cincuenta yardas de la autopista Pacific Coast.

Justo en ese momento, apareció la motocicleta en la calleja desierta, húmeda y silenciosa. El ronquido de su motor casi ahogó las primeras palabras del agente Webb al micrófono:

—Atención, aquí coche patrulla 126, llamando a central. Problemas en la casa de la playa donde está Jerry Sykes. Estoy situado exactamente en…

En ese punto, el fragor de la motocicleta era insoportable, ensordeciendo al policía, que irritado abrió la portezuela, disponiéndose a detener al motorista.

Apenas asomó, todavía micrófono en mano por la portezuela del coche-patrulla, la motocicleta frenó en seco, encabritándose como un caballo desbocado. El jinete de aquella montura metálica llevaba casco sobre su cabeza, ocultándole completamente el rostro la visera de plástico reluciente, donde se reflejaban las luces callejeras. Era un casco negro y rojo bastante grande. Las manos del motorista iban enguantadas, aferradas al manillar.

—¡Eh, amigo, quieto ahí o disparo! —avisó Webb—. ¡En nombre

de la Ley, detente y cierra ese maldito motor!

La moto se había detenido, pero el motor seguía roncando. Webb hizo ademán de sacar su revólver. En ese momento, el motorista soltó uno de los manillares de su motocicleta. Cuando se alzó, empuñaba un chato rifle de cañón recortado que disparó sobre el policía.

Fue terrible. Una carga de metralla retumbó en la calle desolada, reventando contra el pecho y cuello del agente, que saltó atrás como empujado por un huracán, con el uniforme destrozado y el cuerpo sangrante. Luego, el motorista ocultó de nuevo su tremenda arma, emprendiendo rápida fuga tras dar media vuelta a su vehículo. El motor roncó poderoso, alejándose por momentos a increíble velocidad sobre el negro asfalto reluciente.

Dentro de la casa de la playa, el agente Ned, ajeno a lo sucedido afuera, sin haber sabido distinguir la detonación de la escopeta chata del estruendo del motor, buscaba por las grandes habitaciones, en busca de su objetivo.

No tardó en dar con el cuerpo sin vida de Jerry Sykes, tumbado junto a una mesa caída, en una amplia y sórdida habitación asomada al mar. Maldijo entre dientes el policía, mirando alrededor. No vio ni rastro de maletín alguno.

Del exterior le llegó un ronroneo que se alejaba. Corrió a la ventana, asomando a la negra noche húmeda. Pudo vislumbrar borrosamente una canoa motora que se perdía hacia alta mar a toda velocidad, procedente de la playa situada abajo. Dada la oscuridad, le fue imposible ver a sus ocupantes, pero sospechó que el asesino de Sykes viajaba allí con su doble carga: el dinero y la droga.

—¡Alto! —voceó estérilmente—. ¡Alto, o disparo!

Nadie respondió. La motora seguía alejándose. Ned hizo fuego dos veces, aunque sabía que la canoa estaba demasiado lejos ya para el alcance de su 38 reglamentario. Se dio media vuelta, quitándose de la cintura su *walkie-talkie* para llamar con apremio:

—¡Webb, aquí Ned! ¡Responde enseguida! ¡Necesitamos avisar a los guardacostas! ¡Han asesinado a Jerry Sykes y se han llevado droga y dinero a bordo de una lancha motora! ¡Es preciso detenerla cuanto antes! ¡Webb, responde, maldita sea!

Una serie de ruidos era lo único que llegaba por el *walkie-talkie* conectado con el coche-patrulla. Ned maldijo de nuevo, corriendo a

la calle para reunirse con su compañero de patrulla y saber lo que sucedía.

Cuando llegó, el horror se pintó en su rostro. Contempló demudado el cuerpo destrozado de su compañero, caído junto al coche con la portezuela abierta. En su mano aún tenía el micrófono de la radio. Por el emisor llegaba una llamada continuada de la central a la que nadie respondía.

—Dios mío… —jadeó horrorizado el agente Ned Spencer—. Dios mío…

* * *

Dan Glover se quitó sus gafas negras. Tenía los ojos irritados, con ojeras. Volvió a ponerse las gafas después de parpadear. Paseó por la oficina como una fiera enjaulada.

—Dios, ¿por qué? —Casi gritó al repetir—: ¿Por qué?

—Calma, Dan —le recomendó el teniente Dereck Hogart, de la Brigada Antivicio de la Policía Metropolitana de Los Ángeles—. Ten calma, por favor.

—Eso se dice pronto. ¡Calma!

—Dan, no es el primero que cae. Forma parte del trabajo, tú lo sabes mejor que nadie. ¿Has olvidado el hospital? ¿Ya no recuerdas por qué has disfrutado de unas vacaciones de un mes?

—Es distinto. Solamente fueron heridas. Me repuse de ellas. En cambio, Sykes…

—En cambio Sykes está muerto, lo sé, Dan. Todos lo sabemos —suspiró el teniente—. Y nos duele tanto como a vosotros. Ya sé que erais camaradas hace años, que trabajabais juntos…

—Y la única vez que no vamos juntos, le matan. ¿Por qué se ocupó él sólo del caso? ¿Por qué, teniente?

—Fueron sus deseos, insistió en ello. Estaba muy seguro de su éxito. Había logrado infiltrarse entre esos malditos traficantes de heroína. Creía estar cerca de su meta. Y de repente…

—De repente, todo se desmorona: matan a Sykes, se llevan el dinero que usaba como señuelo. Y por añadidura, asesinan a un patrullero.

—Eso lo complicó todo aún más. El agente Webb tenía que solicitar refuerzos, llamar a la central. Sykes estaba tan seguro de todo, que se llevó sólo un coche-patrulla para no llamar la atención.

En caso de emergencia, ellos pedirían refuerzos y le cubrirían a él momentáneamente. Pero llegaron tarde. Sykes fue sorprendido, de eso no hay duda. Sólo tuvo tiempo de disparar su revólver cuando el otro ya le había cosido a balazos.

—Al menos se sabrá quién era el otro…

—No, no lo sabemos. Podemos sospechar que fuese Raúl Dorado o Duke Grazziano, pero no estamos seguros. Sykes llevaba la operación con todo sigilo para que no fallase.

—Pero falló. Y él está muerto.

—Maldita sea, así es, Dan. Tendremos que volver a empezar.

—Yo empezaré esta vez —silabeó Dan Glover sombríamente encajando las mandíbulas, sombreadas por la barba de dos días—. ¿Y qué hay del patrullero asesinado?

—Ése es otro asunto. El agente Ned Spencer recuerda haber oído una motocicleta por el *walkie-talkie*. Y un estampido que atribuyó al escape del motor. Eso y la magnitud de la herida que mató a Webb, nos hace sospechar que fue otro crimen policial de los que llevamos ya tres en menos de un mes.

—¿Tres?

—Sí. Tres agentes. Siempre patrulleros, Dan. Y siempre hay un motorista en los alrededores, no se sabe quién. Algún maniaco que persigue policías para matarlos. En esta ciudad hay de todo, menos nada bueno.

—¿A quién se lo va a decir, teniente? —Dan Glover se encogió de hombros—. ¿Nada relacionado en todo caso con la droga?

—No, nada de eso. Es otra cuestión. Ya digo, un maníaco homicida de policías. Casualmente, esta vez mató al menos indicado. El asesino de Sykes se nos escapó con una canoa a motor. Cuando pudimos avisar a los guardacostas y cuando los helicópteros batieron la costa, ya era tarde. No hay ni rastro de la canoa ni de su conductor o conductores. Ahora, resulta que hemos perdido un maletín con medio millón de dólares, que el Departamento tenía en condición de prestado para señuelo de la operación. Los de arriba están que echan pestes sobre nosotros. Si antes de una semana no devolvemos ese maletín con el dinero, esto va a arder, Dan.

—Es sólo dinero, teniente. Sykes era un hombre, un buen policía, un gran amigo. Y además, mi camarada, mi compañero en mil trabajos…

—Sé cómo te sientes, Dan —asintió el teniente—. El funeral será esta tarde. Luego te presentaré a tu nuevo camarada.

—No tengo ningún interés en trabajar con nadie ahora.

—Son las normas, Dan. Ya viste lo que resultó de trabajar en solitario. Sykes se saltó las normas. Y le mataron. Trabajarás con otro agente de Antivicio, no se hable más.

—¿Cómo se llama?

—Roy Stubb. Es un buen agente, ya lo verás.

—Pero no es Jerry Sykes.

—Maldita sea, ya lo sé. Eso no tiene remedio, Dan. Hazte a la idea.

—No puedo. Me llevará tiempo. Eso nadie puede evitarlo.

—Tal vez te convenga más disfrutar de unos días más de vacaciones…

—Ni pensarlo. Vuelvo al trabajo.

—Escucha, Dan, no quiero venganzas ni cosa parecida. Si quieres cobrarte lo de Sykes, hazlo de forma reglamentaria, capturando a su asesino y desarticulando esa organización que se mueve entre Colombia y Los Ángeles, ¿está claro? No hagas del asunto una cuestión personal, o te quitaré de esa tarea sin vacilar.

—No puedo prometer nada, pero procuraré controlarme, es todo lo que garantizo.

—Veremos si basta —el teniente Hogart le miró, ceñudo—. Ya sabes que poco puedo decirte sobre los movimientos de Jerry, porque lo llevó todo en el más absoluto secreto.

—¿Entonces cómo pudieron identificarle, saber que era un policía?

—No lo sé. Tal vez nunca lo sabremos. Lo único que puedo decirte es que últimamente, Sykes se había hecho cliente bastante habitual de una discoteca de moda situada en Gardena, en Redondo Beach.

—¿Una discoteca? A Sykes no le gustaba la música moderna. Prefería el *swing*. Y él mismo decía que era un patoso bailando *rock*…

—Ya lo sé. Por eso te lo menciono. Esa discoteca se llama Pop-*Show*.

—Pop-*show*… —repitió Dan quitándose de nuevo las gafas negras con que cubría en las últimas horas sus ojos llorosos—. Creo

que yo también le haré una visita a ese lugar en cuanto acabe el funeral…

CAPÍTULO II

Pop-*show*, el espectáculo del pop…

Parecía serlo realmente. Luces parpadeantes, rayos láser, música ensordecedora, brotando de todos los ángulos imaginables, parejas sudorosas en la pista, un conjunto *heavy* cantando en la plataforma, bajo un alud de luces, destellos, juegos de colores y alardes de humo policromado, bengalas y toda clase de pirotecnia adecuada para realzar el frenesí del ritmo musical.

Sobre los músicos, cuyo cantante enfundado en cuero negro tachonado de clavos gritaba su canción con voz rota, no exenta de calidad melódica, los rayos láser dibujaban el nombre del conjunto:

The Skulls.

—Los Cráneos —murmuró Dan Glover abriéndose paso entre una ingente masa de ebrios de ritmo. Minifalderas sudorosas, de vibrantes muslos, muchachos frenéticos, despeinados, de ajustados tejanos, parejas que convertían la danza en algo así como un rito erótico, lascivo, en que la sensualidad parecía brotar de los jóvenes cuerpos mezclada con el sudor—. Los Cráneos o Los Calaveras… Un nombrecito de lo más adecuado…

Y, ciertamente, los cabellos rapados, teñidos de franjas de colores, de aquel grupo de jóvenes músicos, convertía sus cráneos en un auténtico espectáculo por sí solos. Entre *pitnkies* y *rockeros* «duros», constituían sin duda un ejemplo gráfico de la clase de artistas que desfilaban por aquella nueva discoteca de Gardena.

Cerca de Dan, dos jovenzuelos que sin duda habían llegado al paroxismo en las fricciones de su cuerpo durante la danza, se alejaban hacia una zona oscura de la sala, manoseándose con ardiente avidez. En otro rincón sumido casi en tinieblas, percibió gemidos y jadeos significativos. La cabeza de una muchacha

quinceañera se perdía entre los tejanos de su compañero, que exhalaba exclamaciones de placer.

—Y sus papás en la higuera —murmuró Dan entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Seguramente les ponen algo en las bebidas para excitarles más… Es un negocio asqueroso, una forma de corromper a los jóvenes demasiado pronto… ¿Pero qué buscaría en un lugar como éste Jerry?

Giró la cabeza hacia la barra de la discoteca. Descubrió allí a su nuevo compañero, Roy Stubb. Ambos hicieron como si no se conocieran. Stubb era un joven negro, de figura esbelta y elegante. Dan Glober nunca había tenido prejuicios raciales, de modo que el color de la piel de su nuevo camarada carecía de importancia. Lo peor estaba en que era el encargado de sustituir a Jerry Sykes. Eso hacía que, de momento, no simpatizase demasiado con él. Pero tenían que trabajar juntos, le gustara o no. Y es lo que habían empezado a hacer aquella misma tarde, tras los funerales de Jerry.

Pero de momento, Dan no tenía la menor idea de lo que podía esperarles en aquella discoteca para adolescentes. Éstos no solían tener suficiente poder adquisitivo como para ser objeto de atención por parte de los traficantes de la coca, a menos que pensaran en introducirles en el vicio, cosa de momento nada rentable para una organización de importancia como la que perseguía Sykes.

Si Raúl Dorado, el colombiano, y Duke Grazziano, el mafioso de California, andaban mezclados en el asunto, es que éste era de altos vuelos, mucho más allá del plan de perversión de drogadicción de una turba de quinceañeros. Cierto que se veía a algunos adultos deambulando por la discoteca, pero más bien parecían mirones, embelesados por las formas que las chiquillas dejaban ver en la pista, que otra cosa.

El mismo tenía que fingirse uno de aquellos tipos, aunque le repugnara el papel. Así, no dudó en echar ojeadas provocativas a chicas adolescentes que se movían frenéticamente en la pista, e incluso se rozó con alguna de ellas descaradamente, para justificar su presencia en el recinto.

Varias de las chicas se separaron, mirándole con disgusto. Pero Dan Glover era un tipo atractivo, con su piel bronceada, sus ojos grises, su pelo rubio con un rebelde mechón barriendo su frente y sus músculos fáciles de adivinar bajo la chaqueta color crudo. Así,

no resultó raro que una de las muchachas le sonriese al sentir su roce en el trasero, y sin dejar de bailar le echara mano entre las piernas con gesto procaz.

—Eh, guapo, si quieres marcha vámonos allí atrás —le insinuó con el descaro de una profesional—. No necesitas restregarte conmigo si te gusto. Tú también me caes bien, de modo que podemos divertirnos los dos…

Dan intentó apuradamente encontrar un pretexto para eludir la invitación de la adolescente. Pero ella le tomó de la mano, mientras seguía acariciándole la entrepierna, y se lo llevó casi a rastras entre las parejas, hacia un cortinaje del fondo, situado a un lado del escenario. Tras un tinglado de altavoces poderosos, había una rendija en la cortina, por la que pasó la chica, siempre con él a remolque.

Apenas estuvieron en un oscuro corredor situado tras la cortina, la chica se le echó encima, jadeante, empezando a manosearle y llevando las manos de él a sus pechos y a sus muslos, entre palabras obscenas, impropias de una chica de su edad.

Dan estaba pasando auténticos apuros en manos de aquella chiquilla tan experta, hasta el punto de que ella exclamó de pronto con cierta irritación:

—¿Qué te pasa, es que no te gusto o eres marica? A ver si te pones en forma, rico, que me tienes sobre ascuas… Y no creas que hago siempre esto gratis con los tipos mayores como tú…

Entonces se iluminó la mente de Dan. Entendió todo aquel tinglado de la discoteca y de los mirones adultos.

Prostitución juvenil. Casi infantil.

Aquellas muchachas cobraban por servir a hombres adultos deseosos de sexo con jovencitas rockeras. Entre dieciséis y dieciocho años, ya comerciaban con su cuerpo, bajo la apariencia de ir allí a bailar ritmos modernos. Así, también era fácil imaginar que podían adquirir cocaína a temprana edad, y el negocio para los organizadores de la discoteca sería redondo.

—Déjalo, pequeña —la retuvo con mano firme—. No estoy para estos juegos. Será mejor que vengas conmigo y expliques esto en la comisaría.

—¡Maldito polizonte hijo de puta! —gritó ella furiosa—. ¡Chicas, hay policías aquí!

Fue como una desbandada. Increíblemente, las tinieblas se poblaron de repente de hombres maduros y de chiquillas *teenagers*, corriendo despavoridos. Evidentemente, pensó Dan sujetando con fuerza a la muchacha, tras aquella cortina tenían lugar muchas escenitas de prostitución entre asiduas bailarinas y clientes adultos… previo pago de esos servicios.

Cuando la chiquilla le mordió la mano, intentando evadirse, Dan extrajo sus esposas, que cerró en torno a la muñeca de ella y la suya propia, reteniéndola así inexorablemente a su persona. La chica le dio puntapiés en el tobillo y le llamó de todo, pero Dan ni se inmutó.

Fuera, Stubb había avisado mediante la pequeña radio oculta en sus ropas, sin duda, porque numerosos agentes uniformados entraron en la sala, sin que Stubb tuviera que delatarse a sí mismo como policía, limitándose a permanecer contemplando la irrupción policial en la discoteca.

—Y ahora en marcha, cariñito —dijo Dan secamente a su joven prisionera.

—¡Bastardo, puerco maricón! —Le insultó ella furiosa—. ¡Déjame en paz, no puedes acusarme de nada!

—Eso, lo veremos —dijo, disponiéndose a sacarla a la pista para llevarla a la comisaría con las demás cogidas por los agentes en la redada.

Un seco estampido en alguna parte, atrajo su atención en ese momento. Había sonado al fondo del oscuro corredor tras la cortina, donde tenían lugar las expansiones sexuales de los clientes conocedores de lo que allí se cocía.

Rápido, extrajo se pistola de debajo de su chaqueta. En la penumbra, la detenida le miró asustada. El avanzó, llevándola consigo, en dirección adonde sonara el estampido de arma de fuego.

—Por ahí no… —pidió la chica—. Suéltame, so guarro asqueroso, hijo de ramera… ¡No quiero ir por ahí!

—¿Y por qué no, preciosa? —rezongó Dan sin compasión, tirando violentamente de su prisionera—. ¿Acaso es tan malo lo que se oculta en la trastienda de este bonito y ruidoso local?

—No… no es eso… —Había miedo evidente ahora en el tono de la voz femenina. Le suplicó, incluso, cambiando de lenguaje—: Por lo que más quieras, polizonte, no me hagas esto… Ellos me matarán

si me ven contigo, pensarán que he «cantado» lo que sé… ¡No lo hagas, por caridad!

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¿Y qué tenías que «cantar» tú que no fuese lo que los demás cantan ahí afuera en voz en grito? —La miró en la penumbra, huraño.

La chica bajó la mirada. Notó el agente de Antivicio que estaba temblando su muñeca junto a la de él. Apretó con más fuerza el arma, esperando lo peor. De todos modos, el disparo no se repitió.

No encontró a nadie en el recorrido hasta una escalera lateral, bastante estrecha, que subía a una especie de altillo con una puerta. Encima de ésta, brillaba una bombilla mate, color violeta, protegida por una caperuza de malla de alambre.

—No, no… —suplicó la joven, con lágrimas en los ojos—. Me matarán si me ven contigo por aquí, ¿es que no lo entiendes?

—Nadie va a hacerte nada, cálmate. Estamos aquí porque ha sonado un disparo hace poco y porque es mi obligación como policía averiguar quién disparó y por qué. No te vamos a involucrar a ti en nada que no sea el hecho de que ejerzas la prostitución en la trastienda de una discoteca, siendo menor de edad. Pero quien peor lo pasará por eso son los que te explotaban y permitían tal actividad, no tú.

—¿Pero… me encarcelarán?

—No lo sé. Tal vez te envíen a un reformatorio por un tiempo, puesto que eres menor. No creo que te encierren en una cárcel. De todos modos, intentaré ayudarte, llegado el momento.

—Y… ¿no podrías ayudarme ahora soltándome y dejándome ir? —sugirió ella, melosa, pegándose a él—. Te lo sabría pagar con creces.

—De eso no me cabe duda —negó con la cabeza—. No, no puedo. Además, eso no te iba a servir de nada. Los agentes están haciendo una redada allá afuera. Irías a parar a sus manos de todos modos, dentro de los coches celulares. Yo, al menos, te llevaré en mi propio coche a la comisaría.

—¡Qué gentileza por tu parte! —dijo ella con sarcasmo. Y añadió una palabrota.

Dan subió con ella los escalones, haciéndole un gesto de que callara. Al llegar ante la puerta, leyó el rótulo de latón adherido a la madera: *Dirección*.

—¿Quién está ahí dentro normalmente? —preguntó en un murmullo—. ¿Quién es el director de este burdel para *teenagers*?

—El señor Dorado. Raúl Dorado, un sudamericano…

Ahora fue Dan quien soltó una imprecación. Golpeó secamente la hoja de madera con la culata de su pistola, añadiendo con voz seca:

—¡Abran! ¡Abran, en nombre de la Ley!

Luego, se echó a un lado con su prisionera, que abría mucho los ojos, asustada. Pero no sucedió nada. Es decir, sí sucedió, pero no lo que podía temer Dan: la puerta cedió levemente con un chirrido a sus golpes con la culata.

Había luz dentro. Pero no brotó voz alguna en respuesta a su demanda. Dan puso el arma en posición de disparo. Oyó tragar saliva a la chica.

Luego dio una patada a la puerta, manteniéndose con su cautiva al lado. No pasó nada tampoco ahora, salvo que la puerta se abriera del todo. Dan asomó, cauto.

—¡Cielos! —murmuró.

Era un pequeño despacho con una mesa, un sillón, dos sillas, un mueble archivador metálico, una pequeña caja fuerte, una máquina de escribir eléctrica sobre una mesita con ruedas y una ventana al fondo, que debía dar a un patio o callejón. La ventana estaba abierta de par en par. Penetraba el aire húmedo de la noche por ella, agitando los papeles sobre la mesa.

El sillón estaba ocupado por un hombre moreno, de pelo negro, lacio y grasiento, de unos cincuenta años de edad, de cara redonda y cuerpo recio. Sus facciones delataban su condición mestiza.

Estaba sentado en su sillón tras la mesa, retrepado en él. Parecía contemplarles desde él apaciblemente, pero no era así.

Tenía los ojos fijos, vidriosos. Y de un agujero en su frente escapaba un delgado hilillo de sangre negruzca.

—¡Dios mío, es el señor Dorado! —gimió la chica.

Dan asintió.

—Y está muerto —dijo secamente—. Alguien le ha metido una bala en la cabeza y se ha escapado luego por esa ventana…

CAPÍTULO III

—Tenemos más líos que nunca encima, y no sabemos ni encajarlos entre sí —se quejó amargamente el teniente Hogart, mirando alternativamente a Dan Glover y a Roy Stubb, ambos en su oficina de la comisaría de policía, Departamento Antivicio de la ciudad de Los Ángeles.

—Eso es cierto —convino el negro agente Stubb con un leve bostezo, cambiando una irónica mirada con Glover—. Dan se ha traído detenida por prostitución a una jovencita de dieciséis años que hacía pasar buenos ratos a los maduros o viejos verdes tras las cortinas de la Pop-*Show*. De paso, como quien no quiere la cosa, encuentra asesinado de un tiro en la cabeza a Raúl Dorado que, posiblemente, era uno de los implicados en el tráfico de cocaína que llevaba Jerry Sykes entre manos cuando le mataron. Por si ello fuera poco, un chiflado en motocicleta asesina por su parte a un patrullero que podía haber ayudado a coger al asesino de Sykes. Es un auténtico rompecabezas, la verdad.

—Podíamos haber metido entre rejas a Dorado por un tiempo, acusado de dirigir una discoteca con prostitución juvenil dentro —se lamentó Dan amargamente—. Y viene alguien y lo liquida en su propio despacho, quitándonos la posibilidad de haberle asustado, presionándole hasta conseguir que confesara haber matado a Jerry… o darnos al menos una pista sobre el que lo hizo, maldita sea.

—A ese Dorado se la debía tener jurada alguien. Y lo liquidó —el teniente Hogart puso cara de circunstancias—. Ahora no tenemos nada. O casi nada.

—Sólo a esa chica menor, ¿cómo se llama? —indagó Stubb de su nuevo compañero Dan Glover.

—Lilian Warren —dijo de mala gana Dan—. Ha cumplido dieciséis años hace más de ocho meses. Puede pasarse en un reformatorio hasta los dieciocho. Cuando sonó el disparo, estaba conmigo. Ella no sabe nada. Está asustada, eso es todo. Pero menos que cuando vivía Dorado. Temía que la considerasen una soplona.

—Dorado debía ser solamente la cabeza de turco, el hombre de paja de la organización, que sin duda dirige en la sombra negocios como el Pop-*Show* —señaló el teniente con tono grave—. Hemos cerrado ese local, pero tendrás otros parecidos por ahí.

—Lo de la prostitución juvenil es importante, pero no se relaciona directamente con lo de Sykes —señaló Dan—. Por tanto, seguimos como al principio.

—Tal vez no —comentó Stubb de pronto—. Sabemos que Duke Grazziano es el competidor más fuerte de Dorado en la ciudad, ¿no? ¿Por qué no le apretamos las clavijas a ése, a ver por dónde nos sale?

—¿Acusándole de qué? —indagó el teniente, ceñudo.

—De sospecha de asesinato, simplemente. Han matado a Dorado. Es el principal sospechoso.

—Llamará a su abogado y quedará libre sin cargos en menos de media hora —objetó Dan con acritud—. Y él lo sabe. Eso no sirve para nada.

—Veremos. Se puede intentar. Es mejor que no hacer nada. De paso, vamos interrogando a los detenidos en la discoteca, para ver si alguien sabe algo sobre otros peces gordos metidos en ese negocio, o sobre posibles competidores de Dorado.

—Me parece aceptable —dijo el teniente Hogart—. Arrestad a Duke Grazziano acusándole de sospecha de asesinato. Al menos lo tendremos en una habitación, interrogándole durante un buen rato. ¿Se sabe algo concreto del arma que mató a Dorado?

—Sí —asintió Dan arrugando el ceño—. Fue un arma pequeña, una «22», a corta distancia…

—¿Una «22»? —Hogart asintió—. Me lo figuraba al ver la herida. ¿Apareció el arma?

—No. Siguen buscando en la discoteca y fuera, en el callejón adonde da la ventana por la que, sin duda, escapó el asesino, ya que de otro modo me hubiera tropezado con él en el camino.

—Una «22» es un arma propia de una mujer —señaló Stubb

pensativo.

—Pues sí —aceptó Hogart—. Un revólver pequeño, fácil de manejar… Y tan mortífero a corta distancia si se acierta en el blanco como un «44».

—Sea hombre o mujer, quien lo manejó sabía lo que se hacía —señaló gravemente Dan.

—La verdad, me gustaría saber quién es… —comentó Stubb pensativo.

—Y a todos —rezongó el teniente, deteniéndose cuando sonó el teléfono, que descolgó con rapidez—. Teniente Hogart, Antivicio, ¿dígame?

Escuchó un momento. Luego puso cara de perplejidad e hizo un vivo gesto a sus dos hombres, al tiempo que decía por el micrófono:

—Sí, sí, espere un momento. Está aquí precisamente… —Alargó el teléfono hacia Dan y añadió con voz tensa—: Es para ti, Dan. De parte de una mujer. Dice que ella fue la que mató a Raúl Dorado…

Stubb pegó un respingo, apresurándose a correr a otro teléfono para dar la alarma a los expertos para que localizasen el origen de la llamada. Dan tomó el aparato, dominando su extrañeza, y asintió al gesto de su jefe que le recomendaba perder todo el tiempo posible, entreteniendo al interlocutor para dar tiempo a localizar la llamada.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Es usted el encargado de esclarecer el caso de la muerte de Raúl Dorado? —preguntó una agradable voz de mujer al otro extremo del hilo.

—Sí, yo mismo, señora… o señorita… —Esperó el nombre en vano.

—No me creerá tan tonta como para decirle quién soy, ¿no? —rió suavemente su interlocutora—. Tampoco lo seré para perder tiempo aquí y permitir que me encuentren. Estoy en una cabina pública que abandonaré en cuento hablemos. Seré breve, escuche bien.

—Espere un momento, tomaré papel y lápiz…

—No espero nada, conozco el truco. Escuche y reténgalo en su memoria: Yo disparé sobre Dorado. Me explotaba. Y quería hacerlo más aún. No me arrepiento de haberle matado.

—¿Trabajaba usted en su discoteca, el Pop-*Show*? —indagó Dan.

—Eso a usted no le importa. Sé muchas cosas de Dorado y de sus negocios. Sé también algo sobre el asesinato de un policía y la transacción de medio millón de dólares.

Dan se quedó sin aliento. Stubb había puesto en marcha una grabadora poco antes mientras se mantenía la comunicación con los técnicos de seguimiento telefoneo.

—Contésteme pronto, porque voy a colgar —le apremió secamente la voz de mujer.

—¡Espere, espere, por favor! No trato de perder tiempo, sólo quiero saber por qué me llama. Y por qué mató a Dorado.

—Ya se lo he dicho. Me explotaba inicuamente. Me vendía a todo el mundo. Y además de eso, quería abusar de mí de forma depravada. No soporté más, le disparé. No quiero que ningún inocente sea acusado de ese crimen, de modo que por ello confieso.

—Su confesión no vale nada sin un nombre, señora o señorita.

—Lo siento. Eso no va a tenerlo. Añadiré algo más que puede interesarle: Dorado tuvo parte en el asesinato de un policía de Antivicio la otra noche. Existe un negocio de drogas en marcha, en gran escala. Tendrá lugar estos días en Los Ángeles. Están mezclados en ello un comerciante local, Moss Kelley. Y también Jake Normand, segundo de Dorado. Grazziano, Duke Grazziano, el mañoso, intenta interponerse y hacer el negocio por su cuenta.

—Sabe usted mucho, señorita… —Captó el gesto afirmativo de Stubb, que daba a entender que la llamada trababa de ser localizada —. Me gustaría verla personalmente o bien comunicar de otro modo y…

—Adiós, señor Glover. ¿Sabe por qué le llamé? Me acosté una noche con su amigo, Jerry Sykes. Supe que era policía. Y me dolió que lo mataran —sonó un «clic» al otro extremo. Habían colgado.

Dan se quedó pensativo. Stubb entregaba un papel escrito apresuradamente al teniente Hogart, y éste daba órdenes por otro teléfono con tono frenético. Dan les miró a todos frotándose la barbilla.

—Lo grabamos todo, Dan —dijo Stubb—. Han localizado el punto de llamada. Es una cabina pública en Wilshire, esquina a Alvarado. Ya van para allá.

—Llegarán tarde —sentenció Glover—. Esa chica es lista.

—Ya lo he notado. Grabé su conversación. Tal vez alguna

detenida en la discoteca conozca esa voz.

—Tal vez. Pero creo que la disimulaba con un pañuelo o algo así entre su boca y el micrófono. Va a ser difícil que la identifiquen, supongo. Vamos hacia allá, Roy, Si la arrestan, quiero estar presente.

—De acuerdo, Dan, vamos —el policía negro le siguió sin vacilar, mientras Hogart seguía dando órdenes.

Cuando alcanzaron Wilshire, esquina a Alvarado, era tarde. Los dos coches-patrulla estaban allí, ante la cabina telefónica utilizada por la mujer. Sus luces rojas y azules parpadeaban en la noche lluviosa.

—¿Pasa algo, agente? —preguntó Stubb a uno de los policías de uniforme que rondaban la zona.

—Sí —asintió uno de ellos—. Vinimos aquí reclamados por el departamento técnico de escuchas telefónicas Pero era tarde.

—¿Se había escapado la chica?

—Eso es. Pero no fue muy lejos. Otro compañero la ha encontrado allí, en aquel pasaje de detrás del restaurante —señaló a un punto concreto—. Debía ser una buena drogadicta. Se inyectó una dosis para matar a un caballo. Aún tenía clavada la aguja en el brazo. Debe ser heroína pura, de calidad demasiado buena para soportar una dosis así.

Dan palideció. Se subió de un manotazo el mechón rebelde de su pelo y se encaró con el agente, apartando a Stubb.

—¿Cómo sabe que es la misma chica que utilizó el teléfono? —indagó.

—Es sencillo —sonrió el policía—. Se dejó su guante sobre la guía telefónica donde figura el número de Antivicio. Lleva puesto aún el otro guante ese cadáver de la callejuela, ¿sabe?

Y le tendió en el interior de una pequeña bolsa de plástico un guante de piel color avellana, con una cremallera lateral con un pequeño colgante en forma de herradura. Dan lo miró pensativo, elevando hacia el patrullero sus ojos acerados.

—¿Quién es la chica, se sabe?

—Sí. Se llama Jessie Foster según sus documentos. Figura como camarera, pero debía ejercer otra profesión más lucrativa y menos legal. Era joven, muy joven: dieciocho años y unos pocos meses. Y bastante bonita, además…

El policía tenía razón. Jessie Foster era bonita incluso muerta por una brutal sobredosis de droga inyectada en el brazo. Un agente guardaba la jeringuilla en otra bolsa de plástico. Dan y Stubb miraron su mano desnuda, crispada sobre un charco de agua sucia. La otra llevaba puesto el guante, idéntico al de la cabina. Tenía remangado el brazo. Se veía el pinchazo sanguinolento, de donde extrajeran la jeringuilla. Ambos policías se miraron.

—¿Ves lo que yo? —preguntó Dan.

—Sí —afirmó Stubb—. No tiene más pinchazos que ése.

—De modo que no era una drogadicta. No se clavó ella la aguja. No lo hubiera hecho aquí, teniendo que escapar cuanto antes de la cabina telefónica, como yo me suponía.

—Entonces, si la inyectaron… fue un asesinato.

—Eso es, Roy: un nuevo asesinato… Ella sabía demasiado, no hay duda. Debían seguirla. En cuanto abandonó la cabina, la atrajeron aquí, pinchándola y metiéndole una dosis letal de cocaína pura en la sangre, para que pareciese accidente.

—Estamos en un endemoniado asunto, ¿eh, Dan?

—Y que lo digas. Llueven los cadáveres. Y no sabemos exactamente por qué…

La muchacha había sido realmente atractiva, de figura esbelta, bonitas piernas, cabello castaño. Vieron cómo se la llevaba la ambulancia. Dan se acercó a un agente.

—¿Figura su dirección en los documentos? —indagó.

—Sí. Apartamentos Monterrey, Western Avenue, 6112, apartamento 420. Eso dice aquí…

—Gracias, agente. Vamos, Stubb, daremos un paseo hasta Western Avenue, nos queda cerca.

Partieron a toda prisa de la zona. Minutos después. Dan frenaba el coche ante un edificio de ladrillos rojos, bordeado por parterres y una pequeña cerca con el número 6112 en grandes cifras metálicas sobre piedra gris Era una edificación de doce plantas. Se presentaron a conserje de noche mostrando sus credenciales y pidiéndole que no avisara a nadie del apartamento 420, si es que había alguien allí.

—Sí lo hay —afirmó el empleado—. La señorita Lane está ahora arriba.

—¿Lane? Creí que vivía ahí una joven llamada Jessie Foster…

—Las dos ocupan el mismo apartamento —sonrió el conserje—. Son compañeras de alojamiento. La señorita Lane trabaja de día, y la señorita Foster de noche. Por eso coinciden rara vez en el apartamento las dos, salvo en días festivos o algo así.

—Gracias. Veremos a la señorita Lane, entonces.

Subieron a la cuarta planta. En el apartamento 420 llamaron al timbre. Vieron que la mirilla se abría. Una voz preguntó cauta, tras la madera:

—¿Quiénes son ustedes, qué desean? —Y había cierta inquietud en la voz femenina.

—No tema, señorita Lane, somos agentes de policía —puso Dan su credencial ante la mirilla—. Brigada Antivicio. Deseamos hablar con usted.

—Un momento —corrieron un pestillo y desmontaron una cadena antes de abrir. Luego, por la rendija, asomó una bella joven rubia, muy atractiva, de grandes ojos claros y facciones suaves. Vestía una bata de lana de color salmón. Se quedó mirándoles un momento, interrogante—. ¿Seguro que no se equivocan?

—Seguro, señorita Lane. No venimos por usted, sino por su compañera de apartamento.

—¿Por Jessie? No se habrá metido en ningún lío, ¿verdad?

—Me temo que sí. Un lío del que no se puede salir.

—¿Podemos entrar?

—Oh, sí, perdonen, qué torpeza la mía. Dirán que soy una descortés…

—No se preocupe —sonrió Stubb—. Estamos habituados a que la gente se ponga algo nerviosa cuando la visitamos. Será sólo un momento, señorita Lane.

Tenía conectado un pequeño televisor que cerró para atenderles. Les indicó un sofá en el *living*. Ella se acomodó ante ellos en una butaca. Cuando se cruzó de piernas, ambos agentes pudieron comprobar que tenía unas hermosas pantorrillas.

—Y bien, ¿a qué se debe esta visita? ¿Qué le pasa a Jessie?

—Lamentamos traerle malas noticias —murmuró Dan—. Su compañera sufrió un accidente: una dosis excesiva de heroína, ¿comprende?

—Dios mío… —La muchacha palideció, abriendo mucho sus ojos azules—. No es posible… Jessie detestaba a los drogadictos,

decía que eran… que eran basura…

—Lo que nos imaginábamos: alguien pretendió hacernos creer que se drogaba. Tenía clavada la jeringuilla en el brazo cuando la encontraron en un callejón de Wilshire.

—No pudo ser ella. Ni siquiera fumaba «porros». Una noche salimos juntas. Me llevó a una discoteca donde ella había ido muchas veces, según me dijo. Le ofrecieron uno de esos cigarros y lo rechazó airada. Aborrecía a los *yonkies*. Y decía que deberían ejecutar sin miramientos a todos los traficantes de drogas.

—¿Quién cree que pudo ser? ¿Sabe de algún enemigo que pudiese tener?

—No. Lo cierto es que sé muy poco, virtualmente nada, de la vida de Jessie. Somos compañeras… bueno, lo éramos… compartíamos este apartamento, pero eso era todo. Nos salía más barato así a las dos. No éramos amigas. Coincidimos un día en la agencia que alquila estos apartamentos y nos pusimos de acuerdo ambas. Ella trabajaba de noche, yo de día. A veces no nos veíamos en semanas. Y estábamos viviendo juntas desde hace menos de seis meses…

—Entiendo. ¿Sabe a lo que ella se dedicaba?

—Me dijo que era camarera, como yo. Pero siempre dudé que fuese cierto. Yo soy camarera, ya le digo. Noté que no comentaba cosas propias de ese oficio.

—¿Qué pensó que podía ser su auténtica ocupación? —terció Stubb.

—Prefiero no decirlo —se acarició las rodillas mecánicamente—. Pero era una buena chica, excelente compañera… Nunca trajo aquí a hombre alguno…

—¿A qué discoteca fueron juntas, lo recuerda?

—Sí. Se llamaba Pop-*Show*.

—Ya. ¿Le presentó al alguien allí?

—Bueno, a un par de chicas… y a un muchacho muy guapo, un cantante que actúa allí. Un tal Stark Mercury, de un conjunto llamado The Skulls.

—¿Sólo a ellos?

—Que yo recuerde, sí. Ah, y al *disk-jockey*, un chico muy simpático llamado Al. No recuerdo el apellido.

—Dígame una cosa, señorita Lane —habló Dan con tono grave

—. ¿Cree que su amiga podía esconder aquí algo importante?

—¿En casa? No sé —señaló la puerta—. Ésa era su habitación… Pero yo nunca he tocado sus cosas. Me gusta respetar la intimidad ajena.

—Entiendo, no teníamos duda alguna sobre eso. ¿Podemos echar una ojeada?

—Supongo que ya no importará eso demasiado. Hagan lo que crean oportuno. Sobre todo, si con ello pueden echarle mano al canalla que le hizo eso a la pobre Jessie.

Dan y Stubb entraron en el apartamento de la joven asesinada. Era coquetón, pulcro, muy cuidado. Sobre la mesilla había una fotografía enmarcada de un joven con indumentaria de cuero y pelos rígidos, engomados. Tenía una dedicatoria:

«A Jessie con mi amor: Stark Mercury».

Dan recordó haberle visto bajo los guiños del láser en la discoteca de Dorado. Era el cantante de The Skull, el conjunto de *Heavy Rock* del Pop-*Show*.

Comenzaron ambos el registro, sin encontrar nada en principio. Ropas de mujer colgadas del perchero, zapatos, bolsos, objetos de aseo, ropa interior en los cajones, fotografías diversas, instantáneas en color, muchas de ellas *Polaroid* instantáneas, revistas ilustradas, sobre todo de música *pop*, y cosas por el estilo. Lo que hubiese tenido cualquier chica de su edad.

Finalmente, se detuvieron ante un último cajón de un secreter, cerrado con llave. Buscaron en vano una posible llave para abrirlo. Cambiaron una mirada, se volvieron a la otra joven, que esperaba en el umbral, expectante.

—¿No tiene una llave para abrir esto, señorita Lane? —demandó Stubb.

—No, lo siento. Supongo que la llevaría Jessie consigo…

—Entonces, tendremos que permitirnos una pequeña libertad —suspiró Dan, extrayendo un juego de llaves maestras de su bolsillo.

Accionó la cerradura, que se abrió fácilmente al segundo intento. Dan tiró del cajón lentamente. Dentro aparecieron cartas envueltas con una goma. Numerosas fotografías de Stark Mercury, el joven cantante. Y finalmente una cajita de acero también cerrada.

Revisaron las cartas. Eran amorosas. Unas las firmaba Stark. Otras, tenían otros nombres: Jeff, Mike, Steve, Harry, etc.

—Era una jovencita muy solicitada —comentó Stubb ron una leve sonrisa.

—Sí, era muy atractiva para los hombres —convino su compañera.

Dan sopesó la caja, cambiando una mirada con Stubb. Éste se encogió de hombros. Luego, Dan procedió a utilizar por segunda vez sus ganzúas.

Cuando abrió la caja, sufrió una pequeña decepción. Había unas pocas joyas en bisutería, una pulsera de plata ron moneditas, un collar de falsas piedras rojas, un llavero de plata con las íniciales J. F., portando una llavecita plana nada más. Y, Finalmente, al fondo, un pequeño librito, una agenda de bolsillo de las utilizadas para anotar teléfonos. Tenía las tapas azules, y no era muy gruesa. Su tamaño era el de un cartucho de fósforos.

La hojeó Dan, descubriendo numerosos teléfonos anotados, sólo con unas íniciales previas. La guardó en un bolsillo sin hacer comentario alguno.

—Dan, mira esa llave —señaló Stubb hacia el llavero re plata—. Lleva un número en su parte superior.

Era cierto. Dan comprobó que la llave lucía el número.

—Debe ser la llave de alguna consigna o depósito —murmuró—. Pero ¿de dónde?

—En esta ciudad debe haber más de mil consignas de ese estilo —gruñó Stubb, que se volvió a la ocupante del piso—. ¿La oyó mencionar alguna vez algo sobre una consigna, un depósito de objetos o cosa parecida?

—No, nunca —negó la joven.

—Me lo temía. —Stubb cambió una mirada con su compañero —. Algo guardó Jessie Foster en alguna parte, sin compartir con nadie ese hecho. Podría ser algo revelador, alguna evidencia contra alguien, ¿no crees? Eso explicaría su muerte…

—Es posible que sí —afirmó Dan—. Buscaremos por toda la ciudad. Un día u otro aparecerá: Bien, señorita Lane, gracias por todo. Y perdone tanta molestia. Si viene algún agente de policía o algún oficial a interrogarla, dígale que han estado aquí antes los de Antivicios. No les oculte nada. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió la joven acompañándoles a la puerta—. Y, por favor, hagan lo posible por encontrar al que mató a Jessie.

—Lo haremos, no lo dude. —Dan la miró—. ¿Cree que podrá ir mañana al depósito para identificar a su compañera de apartamento, señorita Lane?

—Sí, supongo que tendré el suficiente valor para ello, agente…

—Glover. Dan Glover. Mi compañero es Roy Stubb. La llamaré para confirmarle la hora de visita al depósito. Y si alguien la molestara, avísenos enseguida —añadió dándole una tarjeta de visita.

Se fueron del edificio de los Apartamentos Monterrey. Rodaron en silencio un buen rato.

—¿Qué piensas, Dan? —quiso saber Tubbs.

—Que la señorita Audrey Lane es muy bonita.

—No sabía que se llamara Audrey.

—Yo tampoco. Lo consulté en los buzones del vestíbulo.

—De todos modos, no me refería a eso. ¿Qué piensas de todo esto?

—No lo sé. Jessie Foster era una chica muy valiente. No sólo mató a Raúl Dorado por querer pervertirla, sino cae ocultó algo en alguna parte. Jugaba fuerte. Y era un juego peligroso. Eso le costó la vida.

—¿Crees que esa agenda nos resolverá algo?

—No sé. Comprobaremos a quiénes pertenecen los números. Y veremos… En cuanto a esa llave, comenzaremos por los aeropuertos, estaciones de ferrocarril y de autobús. Luego seguiremos con los demás puntos de la ciudad donde existan consignas, cajas de alquiler, etcétera.

Llegaron tarde al departamento de policía. El teniente Kogart no estaba. Pero había novedades que les afectaban.

—Hemos retenido aquí a ese cantante de discoteca, el tal Stark Mercury —dijo un agente de Antivicio—. Se le encontró encima una dosis de cocaína pura. No quiere hablar si no está su abogado delante. Ahora está en camino. Es un chico duro.

—Lo que nos faltaba —suspiró Dan—. ¿Queréis que nos ocupemos de él mientras tanto?

—Si podéis, será lo mejor. Tal vez con vosotros se ablande un

poco.

Se encaminaron a la celda de interrogatorios, donde se hallaba esperando el detenido. A la puerta les esperaba Doris Lockhart, la agente de Antivicio. Cruzada de brazos, maciza como una roca, con su pelo corto, sus músculos poderosos y su aire varonil, parecía capaz por sí sola de reducir a trocitos a tipos cien veces más duros que el tal Stark Mercury.

—Ahí lo tenéis —señaló a la puerta—. Se cree un tipo de película. De buena gana le zurraría una buena en el trasero.

—Seguro que entonces se ablandaría como la mantequilla en el horno —rió Stubb de buen humor.

Entraron. Un jovenzuelo de pelo erizado, ropas de cuero y modales insolentes, se les quedó mirando con indiferencia, retrepado en su silla.

—Hola, chicos —saludó—. ¿Va a comenzar ya el tercer grado?

—Va a comenzar tu padre —replicó Stubb secamente.

—Déjalo, ¿no ves que es un tipo duro, de los que nos caen bien? —dijo Dan con tono zumbón—. Apenas si ha salido del cascarón, pero se cree un cruce de Bogart y de Cagney por lo menos.

—¡Y una mierda para vosotros, polizontes baratos! —replicó el cantante *heavy* con displicencia, soltando un salivazo en el suelo.

Dan se miró sus zapatos relucientes. Y de pronto, disparó el pie, enganchando una pata de la silla donde se sentaba Stark, que se desplomó, arrastrando al muchacho en su caída violentamente.

—¡Eh, bastardo, que conozco mis derechos! —bramo Stark furioso.

—Perdona, chico, pero quería limpiarme el zapato. Tu escupitajo lo salpicó. Mira, aún queda algo. Acabaré de limpiarlo.

Y le metió un puntapié seco en el estómago que le dobló en el suelo, dando aullidos de dolor. Se apretó la parte golpeada, mirando con cólera a ambos policías.

—¡Éstos son métodos dictatoriales, antidemocráticos! —rugió—. ¡Es torturar a un prisionero, presentaré una denuncia!

—Claro, hijo, claro —asintió Tubbs agachándose a cogerle del suelo con aire compasivo. Y como el joven lo rechazara airado, el negro le sujetó por la solapas, lo levantó en vilo y le tiró contra la pared, donde su cabeza sonó como un coco—. Oh, perdona, me resbaló el cuero de tu chaqueta, es tan suave…

—Cerdos… No van a ablandarme con sus golpes… —les desafió —. Son unos perros…

—Qué enternecedor lenguaje de afecto —suspiró Dan—. ¿Oyes eso, Stubb? El amigo Stark está buscando inspiración para componer una nueva canción de su repertorio, sin duda… Con semejante imaginación, ¿para qué necesitas la «nieve», muchacho? No es preciso que tengas las ideas más claras.

—No hablaré si no es en presencia de mi abogado —dijo él, terco, incorporándose poco a poco, con gesto de dolor—. No van a intimidarme por mucho que me peguen. Cuando les denuncie, les enviarán a patear las calles por el resto de sus días, bastardos.

—Seguro. Pero tú irás a presidio por asesinar a Raúl Dorado. O tal vez te ejecuten en San Quintín si se reimplanta la pena capital en California, como dicen.

—¡Yo no he matado a nadie! —rugió Stark.

—Eso lo veremos. También pueden acusarte de la muerte de tu amiguita, Jessie Foster.

—¿Qué… qué estupidez es ésa? ¡Jessie está viva y bien viva! —gritó Stark.

—Te equivocas, muchacho —suspiró Stubb—. Han encontrado su cadáver en un callejón, con una jeringuilla hipodérmica clavada en su brazo. Se metió una dosis de caballo que la mató apenas inyectada, ¿sabes?

—¡Jessie nunca se pinchó! ¡Ella no se drogó jamás! —aulló Stark, lívido—. ¡No puede estar muerta!

—Pues lo está. La mataron cuando tú aún estabas libre —mintió fríamente Dan—. Si no quieres que te condenen por ese crimen, sobre todo tras haber visitado su apartamento, viendo toda tu colección de cartas y fotografías allí, será mejor que sueltes Jo que sepas en un asunto simple como ese de la cocaína que llevabas encima. Si te pones en razón, incluso puede ser que te soltemos sin más problemas, ¿qué dices a eso?

Repentinamente, como un flan reblandecido, Stark Mercury, el «duro», se rajó.

—Está bien, —resopló con un sollozo, dejándose caer en la silla —. Hablaré.

CAPÍTULO IV

—¿Habló?

—Ya lo creo. Desgraciadamente, ese jovencito no tiene nada que ver en el asunto de Sykes directamente. No podemos implicarle en absoluto. Se limita a consumir droga, porque se la facilita Jake Normand, el esbirro de confianza de Raúl Dorado. Y no sólo a él, sino a otro muchacho de la formación musical rockera de The Skulls, el batería Charlie Ford. Al parecer, el tal Normand no le ha sido siempre demasiado leal a su jefe, Dorado, según Stark Mercury; por el contrario, trabajó siempre bajo cuerda para su competidor, Duke Grazziano, en un doble juego tan peligroso como productivo para él. De modo que seguimos sin saber si la muerte de Sykes fue cosa de Dorado, de Normand o de Grazziano. Por si fuera poco, un cuarto hombre anda por medio en todo ese asunto de fes drogas distribuidas en la Costa Oeste, que es un tal Moss Kelley, traficante bastante afín a Grazziano pero sobre todo a sí mismo, puesto que trabaja con quien sea, con tal de ganar dinero.

—¿Todo eso ha contado ese rockero? —se asombró la fornida Doris Lockhart.

—Así es. Sabe muchas cosas, pero sólo por verlas en su entorno. Ya me he dado cuenta de que no participe en el juego como personaje implicado, sino como simple consumidor, lo cual no debe extrañarnos, porque el noventa por ciento de los rockeros se drogan de un modo u otro actualmente.

—¿Y ahora qué se puede hacer para pescar a ese tal Normand?

—Voy a comprobarlo con la sargento Young. Supongo que ella tendrá en el archivo datos sobre Normand —dijo Dan encaminándose al departamento de datos de la Brigada.

Allí, como siempre, la sargento Leilah Young, una agraciada

joven de cabellos rojos y sonrisa fácil, le atendió con su acostumbrado desparpajo.

—Hola, Dan —saludó—. ¿Cuándo nos liamos tú y yo un rato?

—Cualquier día —sonrió Glover—. Pero no ahora Leilah. Tengo trabajo.

—Vaya por Dios —suspiró ella—. Y has venido pedirme datos, no a tirarme los tejos para que vaya contigo de copas y a la cama.

—Eso es. Espero que haya tiempo para todo. —Dan estaba habituado a las bromas eróticas de Leilah, aunque nunca estaba del todo seguro si eran sólo bromas o algo más—. Ahora me interesa mucho un tipo en especial, un tal Jake Normand.

—Espera un momento. Buscaré datos, si es que los hay.

—Tiene que haberlos. Es un tipo metido en el tráfico de drogas. Y posiblemente también en la prostitución juvenil de cierta cadena de discotecas del difunto Dorado…

La sargento Young asintió, acomodándose ante el ordenador, donde tecleó, buscando datos sobre el nombre requerido. Momentos después aparecían una serie de informes en pantalla.

—Aquí lo tenemos —dijo—. Normand, Jake. Natural de Nueva Orleans, residente en California desde hace diez años. Se alistó para Vietnam, pero no llegó a combatir. Numerosos antecedentes en relación con consumo y tráfico de cocaína, heroína y otros estupefacientes. Nunca se probó nada definitivo contra él. Frecuentes viajes a América Central. Residente algunos meses en Bogotá. Amistades con personajes conocidos del mundo de la «coca» en Colombia y Venezuela. Sin empleo o trabajo conocido. Relacionado muy directamente con Raúl Dorado, en calidad de socio o algo similar.

—Un buen pájaro de cuenta, por lo que se ve. ¿Domicilio actual?

—Figuran aquí cuatro domicilios diferentes, pero todos bastante anteriores. Del último reseñado hace ya cuatro años. No figura ninguno más, Dan.

Glover echó una ojeada a la pantalla. Asintió, ceñudo.

—He telefoneado a esos dos últimos. Los dejó de habitar hace tiempo. Y ahora no se le localiza en parte alguna. He telefoneado también al encargado de la discoteca Pop-*Show*. Desconoce la dirección exacta donde vive Normand últimamente. Y nadie sabe dónde está ahora. Es ilocalizable.

—Pues lo siento. Son todos los datos que tengo —sonrió la sargento Young.

—Gracias, encanto. Intentaré localizar a Normand por otros medios. Sospecho que ese pájaro debe saber algo, tal vez bastante, sobre la gente que liquidó a Sykes.

—Suerte, Dan. Y vuelve por aquí, pero no a pedirme datos —suspiró ella—. Sabes que siempre te estoy esperando…

Dan asintió, alejándose. Momentos después, volvía a reunirse con Stark Mercury, el cantante, que se disponía a abandonar el Departamento, tras el convenio alcanzado con Dan en la sala de interrogatorios.

—Espera un momento, muchacho —pidió Dan.

El rockero se volvió hacia él con gesto malhumorado.

—¿Qué ocurre ahora? —rezongó.

—Sólo un dato más: la dirección actual de Jake Normand.

—¿Quién le ha dicho que yo la conozca?

—Un pajarito. Vamos, necesito esa dirección cuanto antes.

—Se la puede dar cualquiera que le conozca un poco: Sepúlveda, 2340.

—Ésa no me vale. Ya la conocía. No está allí. Nadie le ha visto. Sé que tiene otra donde se meterá cuando las cosas van mal.

—¿Y por qué tengo que conocerla yo? Hicimos un trato, ¿no, amigo?

—Escucha, Stark. Puedo romper ese trato ahora mismo y meterte en una celda por llevar droga encima. No me gusta faltar a mi palabra, pero Normand es importante para mí en estos momentos. Necesito dar con él lo antes posible. De modo que desembucha eso y luego lárgate.

El cantante le miró irritado, se encogió de hombros y respondió:

—Está bien, polizonte. Ustedes siempre ganan, para eso tienen la sartén por el mango. Y luego dirán que esto es una democracia… Normand suele meterse en una ratonera de Norwalk Boulevard, en South Whittier, en el número 1122, si no me falla la memoria. Pero no le diga que yo le informé, no iba a gustarle nada.

—Descuida, Stark, no se lo diré. Tendremos otros muchos temas de charla Normand y yo, sin necesidad de mencionarte a ti para nada. Ahora lárgate. Pero si me has engañado en algo, te arrepentirás. Graba eso bien en tu mente, muchacho.

Salió rápidamente de la oficina. Stubb le esperaba en el pasillo, mascando chicle con aire distraído. Dan le informó de todo con rapidez, mientras corrían al exterior a por el coche.

—De modo que el tal Normand es un elemento de cuidado, ¿eh? —Fue el comentario del agente de color—. Me gustaría echarle el guante cuanto antes. Debe saber muchas cosas de este asunto.

—Sin duda. Puede decirse que el tal Normand jugaba tres barajas: la de Dorado, la de Grazziano y la suya propia, por no hablar de la de ese tal Moss Kelly. Una de esas barajas tiene la clave de la muerte de Sykes.

—¿Crees que Normand será fácil de convencer?

—Supongo que no. Tendremos que apretarle fuerte las clavijas.

—Pero no tenemos nada en concreto contra él, sólo a palabra de ese chico, Mercury.

—Podemos acusarle de la muerte de Dorado. El no tiene por qué saber que le mató aquella chica, Jessie Foster, la que mataron en el callejón con la dosis de heroína.

—¿Y si lo sabe? A lo mejor está metido hasta el cuello en ese crimen.

—Tanto peor para él. Le apretaremos también por ese lado, si se pone terco.

—Ese chico mencionó otra discoteca donde se distribuye droga a los adolescentes, y donde también se prostituye a jovencitas *teenagers*… —le recordó Stubb.

—No se me olvida: la discoteca *Superstar*, en Torrance. Nos daremos una vuelta por allí después de empapelar bien al maldito Normand, no te preocupes. Aunque supongo que después del cierre de la Pop-*Show*, habrán procurado limpiarle un poco la cara a la otra discoteca…

Alcanzaron Norwalk Boulevard, a la altura de Washington Boulevard. Doblaron a la derecha, hasta detenerse ante el número 1122. Lo de «ratonera», según la palabra usada por el cantante de *rock* era un decir. Se trataba de una casita rodeada por un jardín bien cuidado, en una zona residencial bastante distinguida por sus apariencias. El entorno era silencioso y apacible. No parecía en absoluto el lugar que elegiría un traficante de droga para ocultarse, Dan pensó que el tal Normand debía de tener gustos caros y cierto sentido de la comodidad, aparte posiblemente de medios

económicos nada desdeñables. Ciertamente, no parecían hallarse ante un vulgar «camello» de los que pululaban por el inframundo de Los Ángeles, ni mucho menos.

Entraron cada uno por un lado del jardín, empuñando sus respectivas armas por lo que pudiera suceder. No iban a ser tan tontos de llamar a la puerta como si tal cosa.

Stubb fue por la puerta trasera. Dan por la de delante. Otearon ambos al interior. Aparecía a oscuras, sin percibirse ruidos o voces dentro.

Fue Stubb quien tuvo suerte: probó la puerta de atrás, que se abrió sin dificultad alguna. Asomó cauto a una cocina pulcramente conservada. El aire olía aún levemente a tostadas y mantequilla. El agente de color avanzó revolver en mano, pegado al muro, adentrándose en la casa.

Dan esperaba afuera, con su dedo en el gatillo del arma, las espaldas contra el muro, junto a la puerta de entrada. Unos momentos después, la puerta se abría. Dan adelantó su mano armada… para encontrarse cara a cara ron su compañero.

—Entra —suspiró Stubb—. Y guarda la artillería, Dan. No te hará falta.

—¿Qué pasa? —indagó Glover inquieto.

—Tú mismo podrás verlo. En el pasillo, cerca de la cocina…

Dan dirigió una ojeada al saloncito donde se hallaban ahora. Sobre una mesa, aparecía una taza mediada de café, tostadas, una barrita de mantequilla, un tarro de mermelada de frambuesa y un cuchillo embadurnado aún en ambas cosas. Tocó la taza. Estaba tibia, casi fría ya.

Arrugó el ceño, caminando hacia el corredor. Stubb se limitó a caminar hacia el teléfono, que descolgó cubriéndose la mano con el pañuelo. Marcó un número mientras Dan se encaraba a lo del pasillo.

—Dios… —murmuró el agente de Antivicio—. Dios, no…

Y se quedó mirando el cuerpo atravesado en medio del casillo, encogido contra la pared, con los ojos desorbitados vidriosos. Tenía dos balazos, uno en el pecho, sobre el corazón, y otro en la frente. Ambos mortales. Orificios limpios, redondos, de los que había brotado poca sangre. Heridas de profesional, pensó Dan sombrío.

El hombre estaba en mangas de camisa. Tenía manchas de

mermelada de frambuesa en la punta de los dedos. Dan se inclinó. Sacó de su bolsillo trasero del pantalón un billetero. Contenía unos cuantos billetes de cien dólares flamantes. Y documentación y tarjetas de crédito a nombre de Jake Normand.

—Lo liquidaron cuando más confiado estaba. Conocía a su visitante —dijo Dan—. Ni siquiera llevaba un arma encima, a menos que se la quitara su asesino, cosa que no creo.

—… envíen una ambulancia a Norwalk Boulevard 1122 —oyó hablar a Stubb al teléfono—. Han matado a un hombre, sí. Roy Stubb, de Antivicio. Esperamos aquí.

El agente de color se reunió con su compañero, contemplando al caído. Meneó la cabeza, con cierto desaliento.

—Un trabajo de profesional —comentó.

—Eso pienso yo, sí —corroboró Dan—. Seguramente con silenciador. Éste es un barrio tranquilo, no habrán querido correr riesgos.

—Bueno, se nos cierra otra puerta. Seguimos donde estábamos, Dan.

—No hace ni veinte minutos que lo mataron, Roy.

—Sí, supongo que no más. El café aún está tibio. Y el muerto sigue caliente.

—Es curioso…

—¿Qué es lo curioso?

—No sé… Esto que ha ocurrido. Hace veinte minutos salíamos nosotros del Departamento hacia acá, aproximadamente.

—¿Y…?

—El asesino nos ganó por la mano. Vino más aprisa que nosotros. Prueba de que lo supo antes. O al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Stubb mirándole con fijeza.

—No, nada aún —meneó la cabeza—. ¿Has visto estos billetes?

Le mostró en abanico los que llevaba Normand en el billetero. Había nueve de cien. Stubb asintió con la cabeza.

—Es una buena suma para llevarla encima —comentó.

—No me refería a eso. ¿Viste la numeración de estos billetes?

Stubb tomó el dinero, examinando cuidadosamente sus números. Los ojos le brillaron en medio del rostro oscuro.

—Ya veo —dijo—. Son billetes de la misma numeración del maletín entregado a Jerry Sykes por la Central de Policía

Metropolitana.

—Exacto. Normand tenía dinero procedente del maletín de Jerry. Eso quiere decir que, o bien él mató a Jerry… o conocía lo suficiente al que lo hizo, para recibir dinero de él.

—Y por eso le silenciaron. Ahora no podrá decirnos nada de sus posibles amigos.

—Existen pocas alternativas: Dorado está muerto también. Pudo ser él, claro. Pero también pudo ser Grazziano. O Moss Kelly, el distribuidor de la Costa Oeste…

—Eso sólo son deducciones, Dan. No llegaremos a ninguna parte con todo ello.

En la distancia sonó el aullido de la sirena de una ambulancia, unido al de un coche-patrulla de la policía. Dan afirmó, dejando del dinero en el billetero del difunto y reintegrando éste a su bolsillo.

—En cuanto lleguen ésos, nos vamos —dijo secamente—. Tenemos que hacer algo, lo que sea, menos quedarnos cruzados de brazos viendo cómo van liquidando uno tras otro a los testigos o a los que saben algo del maldito negocio de la droga en esta ciudad.

—¿Tienes alguna idea concreta? —le preguntó Stubb.

—Sí, pero no podré ponerla en práctica yo mismo. Me conoce demasiada gente en ese mundillo rockero de las discotecas, sobre todo si las mismas *teenagers* del Pop-*Show* van por el *Superstar*, como imagino.

—Sospecho que estás insinuando que me ocupe yo del asunto —sonrió Stubb.

—Exacto. Tú no te identificaste en la discoteca como policía. Yo sí. Incluso detuve a aquella zorrita menor de edad que ahora está en la comisaría esperando a que su familia la saque de allí bajo fianza hasta que un juez decida si enviarla a un correccional o no. Sólo te conoce como agente de Antivicio Stark Mercury, el cantante. Y no creo que ése de el soplo a nadie. No me parece mezclado en el tráfico de droga aunque sea un consumidor. De todos modos, puedes meterle el miedo en el cuerpo para que no haga tonterías, llegado el caso. Y si ves que la cosa peligra, me avisas, le metemos en una celda por un tiempo, y asunto arreglado.

—De acuerdo, me encargaré de ese trabajo —se pararon en la puerta de entrada, justo cuando la ambulancia y el coche-patrulla se detenían ante la casa—. ¿Qué es lo que debo hacer, exactamente?

—Infiltrarte en la organización —dijo con sencillez Dan—. Hazte pasar por traficante de heroína, Stubb. Sigue los mismos pasos que dio el pobre Sykes.

—Hombre, los mismos…

—Tú ya me entiendes. Intenta llegar al fondo del asunto. Estaremos en constante contacto ambos. Lleva un pequeño emisor contigo para que te siga de cerca Y no te fíes de nadie.

—De acuerdo, Dan. ¿Me dejo guiar por mi instinto para actuar?

—Claro. Sé que lo harás muy bien. Y otra cosa.

—¿Sí?

—No hablemos de esto a nadie en el Departamento.

—¿Qué quieres decir? —Stubb enarcó las cejas, fijando sus ojos en él.

—Nada. Sólo debemos saberlo el teniente Hogart, tú y yo. Nadie más, por amigo o compañero que sea.

—¿Estás insinuando algo raro?

—No, aún no —negó Dan gravemente—. Aún no. Pero haz lo que te digo, Roy.

CAPÍTULO V

Roy Stubb estudió lo que le rodeaba con aire distraído, indiferente, como si pasara de todo aquello olímpicamente. Pero lo cierto es que sus agudas pupilas no se perdían el menor detalle de cuanto sucedía cerca de él en el ámbito multicolor y estridente del *Superstar*.

Era una discoteca como cualquier otra de la ciudad, tan llena de ruido, chicas de falda corta y de largos muslos, chicos en ceñidos *jeans* y chaquetas de cuero, numerosos clientes también de más edad, de ambos sexos, muchos de ellos en busca de pareja joven con la que «ligar» a base de dinero. Y todo ello con luces parpadeantes de mil colores, estruendo musical por parte del conjunto de tumo, alternándose con momentos de música «enlatada», en forma de los *hit parades* discotequeros del momento, puestos en acción desde la cabina del *disk-jockey* de turno. Stubb observó que no era el mismo del Pop-*Show*, pero sin embargo, descubrió a éste, llamado Al Sande, según declaración de Stark Mercury, deambulando por la sala. En un par de ocasiones, entró en la cabina discográfica, reuniéndose con el *disk-jockey* de la *Superstar*, con quien charló animadamente.

También descubrió Stubb al batería de The Skulls, Charlie Ford, pero ni rastro de Mercury. Por su aspecto, Charlie parecía bajo el efecto de la droga. Deambulaba por la sala como sonámbulo o bailoteaba con alguna que otra chica con aire espasmódico y ojos turbios.

—¿Te divierte estar tan solo?

Stubb alzó la cabeza. La pregunta venía de labios de una mujer. Una joven mulata de formas agresivas, cuya camiseta estampada realzaba la prominencia de unos grandes y duros pechos, cuyo pezón se marcaba claramente contra el tejido.

—No, en absoluto —sonrió Roy—. Mi desgracia es no tener pareja.

—Pues ya la tienes —ella se sentó frente a él con desenvoltura, cruzándose de piernas. Su falda era tan corta que Stubb pudo ver sus bragas color rosa, entre los firmes muslos color bronce—. Si no te molesto, claro…

—¿Molestarme una chica como tú? —Él se echó a reír—. Me sorprende no haberte visto antes por la pista. No me hubieses pasado desapercibida, encanto.

—Es que no estaba en la pista. No me gusta bailar con cierta gente. Me llamo Vanity.

—Bonito nombre. Yo, Roy. Me alegra conocerte. ¿Tomas algo?

—No me he sentado contigo para que me convides, Roy.

—No he dicho eso. Te invito yo, Vanity.

—Eso es diferente —suspiró ella. Hizo un gesto a un camarero —. Un *gin-lemmon.*

Se lo sirvieron. Stubb admiró su cuerpo sensual, sus labios carnosos, su pelo rizado, su mirada insinuante. Ella se inclinó hacia él. Casi puso sus pechos sobre la mesa.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Porque me gustas.

—También me gustas tú a mí. Tienes clase. Y eres guapo. Eso ya debes saberlo.

—Algunas lo han dicho, pero no suelo hacer mucho caso. No soy presumido, ¿sabes?

—Mejor. Detesto a los presumidos. Aquí vienen muchos. Y de todos los colores, no sólo blancos… Es raro que vengas solo a un lugar como éste. Casi todo el mundo viene con pareja.

—Tuve una pelea con ella esta noche. Me dejó solo. Por eso estoy aquí.

—Ya. ¿Te gusta bailar?

—Según con quién, sí.

—Como a mí. Anda, vamos a la pista, Roy.

Salieron a bailar. Terminó un *rock*, comenzando otro seguidamente. La mulata se contorsionaba como si fuese de goma. Sus curvas vibraban, emitiendo sensualidad a raudales. Algunos tipos al borde de la pista seguían sus movimientos con expresión de avidez. Luego llegó un número lento. Vanity se enlazó con él. Sintió

su vientre contra él, el calor de sus muslos y de su sexo pegado al suyo propio. Los pechos se le clavaban en el torso. Eran duros como piedras.

Le pasó las manos por la espalda. Las bajó hasta las nalgas y luego apretó ambos glúteos sobre la minifalda. Tenía un trasero tan duro como espectacular. Notó que ella jadeaba. Stubb captó el temblor lascivo en el cuerpo de la mulata. En la penumbra, sus cuerpos se fundían casi en uno solo. No pudo escapar a la excitación del roce. Y ella lo notó enseguida, lanzando un suspiro.

—Vamos —musitó—. Sé dónde podemos desahogarnos los dos, Roy…

Tiró de él. Stubb la siguió, recordando la aventura de Dan en el Pop-*Show*. A través del micrófono diminuto que llevaba entre sus ropas, Dan debía estarse divirtiendo ahora, al captar los susurros de la mulata, pensó Stubb con ironía.

Pero él no arrestó a la chica. Se dejó llevar a un lugar oscuro del local, más allá de los lavabos. Era como un cuartucho donde guardar los útiles de la limpieza. Vanity se entregó a él lujuriosa, palpitante de deseos. Era una hembra todo fuego. Su piel morena rebosaba sensualidad. Su boca era una ventosa ávida.

Cuando terminaron, Roy respiró hondo, pegado a aquella carne desnuda, morena, palpitante.

—¿Te ha gustado? —susurró ella.

—No hace falta que lo preguntes. ¿Y tú?

Me has hecho feliz. Eres todo un macho, Roy. Tu chica es tonta para pelearse contigo…

—Eso digo yo. Pero allá ella. No la echo de menos. Lo que sí echo de menos en todo caso es…

—¿Qué?

—No, nada. Olvídalo. Volvamos a la pista, ¿quieres? Tenemos una mesa allí…

—No lo he olvidado. ¿De qué ibas a hablar? ¿Qué echas de menos? Si no es sexo ni alcohol… sólo puede ser una cosa…

—Está bien —resopló el agente de Antivicio—. Sería tonto ocultártelo. Acabarías notándolo. Mi chica es la que llevaba la dosis, maldita sea. Se la llevó consigo.

—Ya. ¿Coca… u otra cosa?

—De las dos cosas —rió Stubb—. Me gusta todo.

—Entiendo. Aquí hay de todo eso.

—¿De veras? El camarero no me lo ha ofrecido. Ni figura en la carta…

—¡Tonto! —rió ella, besándole el pecho, bajando lentamente sus labios hacia su cintura e incluso más abajo—. Iremos enseguida a buscar lo que necesitas… Pero antes, deseo hacerte algo que no hicimos antes. Me he quedado con las ganas…

Satisfizo esas ganas, ciertamente. Roy creyó derretirse cuando la cabeza rizada de la joven mulata se perdió entre sus piernas y la oscura estancia se llenó de sonidos chasqueantes, de gorgoteos ahogados. Ella sólo enmudeció, aunque agitándose convulsa en un espasmo supremo, cuando él llegó a su clímax y los gruesos labios de la hembra estuvieron demasiado ocupados.

—Ha sido fantástico… —jadeó Roy, acariciando los cabellos de la mulata—. Pero cada vez necesito más lo que tú sabes…

—Sí, vamos ya… —Ella le miró satisfecha en la penumbra, relamiéndose como un gatito satisfecho—. No podía aguantar más, Roy… Deseaba hacerte eso, cielo…

El asintió, abrochándose sus ropas con rapidez. Salieron del oscuro recinto, de regreso a la pista. Vanity se alejó. Roy se llevó una leve sorpresa al verla parar a Al Sande, el *disk-jockey* del Pop-*Show*, junto a la cabina discográfica. Le susurró algo al oído. Sande miró hacia él, receloso. Escuchó a Vanity. Luego asintió, algo dubitativo aún, alejándose hacia el fondo de la sala. Stubb tomó su vaso de licor. Y lo utilizó como espejo para ver lo que sucedía a sus espaldas.

Vio entrar a Al Sande por una cortina lateral, junto a una salida de emergencia señalizada. Cuando regresó, momentos después, en dirección a Vanity, otro hombre venía con él. Roy no le conocía. Era de mediana estatura, albino, de pelo muy blanco y cejas de igual color. Venía poniéndose unas gafas oscuras. Vestía traje azul marino con corbata gris.

Vanity se acercó a Stubb tras hablar con el albino y con el *disk-jockey*. Le musitó al oído:

—Piden cincuenta dólares por una papeleta de coca. Y cien por una dosis de lo otro… ¿Tienes encima ese dinero?

—Claro —asintió Roy. Le tendió varios billetes, por un total de cien dólares—. Que te den «lo otro». Yo llevo jeringuilla, no te

preocupes de eso.

—De acuerdo —dijo ella, tomando el dinero—. Espera en poco.

Stubb aguardó. Los dos hombres se ausentaron tras recoger el dinero. Vanity volvió a su lado, melosa, tomándole una mano.

—¿Puedes aguantar un poco? —susurró—. Tienen que hacer las gestiones. En pocos minutos estará lista la mercancía. Tendrías que ir a recogerla fuera de esta sala, por supuesto. No es como entregarte un paquete de cigarrillos…

—Desde luego —asintió Roy—. Procuraré aguantar, no temas.

Tuvo que esperar cosa de quince minutos, algunos de los cuales dedicaron a bailar. Stubb iba interpretando gradualmente su papel, dando a entender que la necesidad de heroína empezaba a ser acuciante. Vanity le miraba preocupada.

—Ahí están —susurró al fin, señalando a la cortina del fondo—. Vamos.

Cruzaron la pista. La expresión de Stubb hubiera engañado a cualquiera. Parecía un sediento en busca de agua. De vez en cuando, hacía un tic nervioso. Y le temblaban las manos.

Al Sande y el albino aguardaban discretamente tras la cortina. Vanity se hizo a un lado, iniciando la retirada tras el contacto. Pero Sande la tomó por un brazo.

—Espera, Vanity. Ven con nosotros, será más disimulado todo así. Pensarán que nos vamos los cuatro a hacer un numerito erótico, ya sabes —y rió entre dientes, casi de un modo soez, tocando los pechos a la mulata para añadir—: ¡Qué ricas tetas tienes!

—Eh, las manos quietas, Al —le reprendió ella, dándole un manotazo.

—Calma, calma, chicos —cortó el albino con voz helada. Sus ojos, ocultos tras las gafas «Rayban» negras, se fijaban en Roy Stubb —. Estamos aquí para una transacción comercial, no para escenitas escatológicas de baja estofa… ¿Tú eres el que quiere la «nieve»?

—Sí. Ya sabes cuál, la que se inyecta… —jadeó Stubb con tono ávido.

—Maldita sea, claro que lo sé, no soy un novato —gruñó el albino. Metió la mano en su chaqueta—. Toma, aquí tienes tu dosis. Y no vuelvas por aquí en busca de más, ¿está claro? Lo hago por tu amiga Vanity. No suelo traer mercancía a este lugar…

—Bien, muchachos, gracias. —Stubb apretó el papelito con

fuerza—. Voy al lavabo…

—¿Necesitas ayuda? —sonrió burlón Al Sande.

—Si la necesitara, ya estoy yo —terció Vanity vivamente.

—No, gracias. Para esto, no necesito a nadie —replicó seco Stubb, alejándose por el corredor hacia el luminoso que indicaba el emplazamiento de los lavabos de hombres. Y añadió, volviéndose hacia el albino—: Por cierto, tengo amigos que podrían tener interés en mercancía de esta clase. De la buena calidad, claro.

—La que llevas es inmejorable. ¿Qué clase de amigos? —indagó el albino.

—Gente importante. Como de setecientos cincuenta mil al contado, por ejemplo —dijo, entrando en los lavabos con rapidez.

Se encerró en uno de los retretes. Lo tenía todo previsto. Sacó una jeringuilla, se subió la manga de la camisa y se pinchó el brazo. Luego, llenó de agua la jeringuilla, añadiéndole una leve dosis de la heroína que le proporcionaban. La vació casi totalmente en el retrete. Tiró la jeringuilla al cubo de los papeles. Y se encaminó a la salida del lavabo. Si investigaban allí, comprobarían que, aparentemente, se había inyectado. Pero la dosis casi completa de heroína iba ahora en su pie, bajo el calcetín.

Se encaminó a la puerta de salida del lavabo, crudamente iluminado. Se abrió antes de llegar él, entrando dos hombres aparentemente ajenos el uno al otro. Pero apenas le rebasaron, ambos se lanzaron contra él.

Stubb intentó repeler la agresión, enfrentarse a ellos. No le fue posible. En la puerta del lavabo acababa de aparecer el albino con sus gafas negras. Ahora empuñaba una pistola provista de silenciador.

—Quieto o te vuelo la cabeza —silabeó el traficante de droga.

Stubb se quedó quieto un instante. Fue suficiente. Uno de sus agresores le golpeó con algo contundente tras de su oreja. Se desplomó, perdido el conocimiento, chocando sordamente contra las baldosas del lavabo.

CAPÍTULO VI

—¿Te encuentras bien, cariño?

Para ser un despertar de aquella clase, no parecía estar mal. Unas oscuras manos femeninas acariciaban su cabeza, despertando en ella dolores agudos.

Stubb contrajo el gesto, lamentándose con un leve quejido entre dientes. Intentó tocarse la nuca, pero no pudo: tenía las manos atadas. Vanity, inclinada sobre él, le miraba con interés, procurando rozarle dulcemente con sus dedos.

—Bonita trampa me tendiste, ¿eh, zorrita? —Gruñó Stubb, irritado—. ¿Qué pretendéis, robarme? ¿Acaso sois una pandilla de salteadores?

—Cierra el pico, polizonte —le amenazó una ruda voz masculina —. No te gustará que volvamos a sacudirte, ¿verdad? Podría írsenos la mano y hacerte trizas la cabeza…

—Vaya amigos que tienes —se quejó Roy, contemplando al que había hablado, uno de los dos hombres que le habían atacado en el lavabo del *Superstar*.

—¡No son mis amigos! —protestó Vanity amargamente—. Me han traído contigo, como una prisionera más. No sé lo que pasa, dicen que eres policía y que yo te ayudé a la jugada para desenmascararlos con lo de la heroína… Eso no será cierto, ¿eh?

—¿Yo, policía? —Gruñó Stubb, sereno—. Maldita sea, mi profesión es la de ejecutivo en una multinacional, ¿es que no habéis visto mi documentación?

—Oh, claro, claro. No ibas a llevar a cabo tu tarea con tu placa, tu revólver y tus credenciales, como un imbécil —se mofó el individuo—. Pero sabemos lo que eres: un cochino agente de Antivicio.

—¡Antivicio! —susurró Vanity asustada, mirando a Stubb—. ¿Eso es cierto?

—No les hagas caso, están chiflados todos éstos, no saben lo que dicen…

Recibió un puntapié en el estómago que le dobló en el suelo donde yacía. Vanity exhaló un quejido de angustia. Recibió a cambio un bofetón.

—Tú cierra el pico, puta negra —farfulló uno de ellos—. Si no trabajas para los «polis», es que eres una idiota sin cerebro. Y no sé lo que será peor…

Roy comprobó que estaban en un lugar de paredes desnudas, sin más abertura que una puerta cerrada. Había dos sillas y una mesa de madera barata por todo mobiliario. Una bombilla colgaba del techo, con una pantalla color verde de plástico.

La puerta se abrió en ese punto. Asomó por ella el albino. Se quitó sus gafas negras, mirándole con fijeza entre sus pestañas blanquecinas.

—Roy Stubb, agente de la Brigada Antivicio —sentenció fríamente—. Lo que nos temíamos, muchachos. ¿Le habéis registrado bien?

—Claro, Delfus —dijo uno de los dos rufianes—. No llevaba nada comprometedor encima: ni placa, ni pistola, ni credenciales. Se había metido la heroína en un calcetín, eso sí.

Stubb escuchaba atentamente. Ya se había dado cuenta de que nadie le había revisado los botones de su americana tipo *blazer*. Eran botones dorados, relucientes. Demasiado ostensibles para sospechar nada. Sin embargo, uno de ellos era el micrófono en miniatura conectado a la radio de la policía.

—Es otro de esos bastardos en busca de la conexión de la droga en esta ciudad —habló el albino—. El jefe ha decidido que lo liquidemos ahora mismo.

—Pero Delfus, está la chica… —señaló uno de los individuos a Vanity.

—Es igual. No debimos traerla con nosotros, no sabe nada de nada. Actuó de buena fe. Pero ahora sí sabe demasiado. Liquidaremos a los dos y tiraremos los cuerpos a la bahía. No se puede hacer otra cosa.

—¡No, Dios mío, no! —sollozó Vanity, demudada—. ¡No pueden

matarnos así! ¡No he hecho nada, no sé nada! ¡Juro que no hablaré ni diré nada a nadie! ¡Y él no creo que sea un policía, no se portó así conmigo en toda la noche, puedo jurarlo…!

—Claro. Sabe hacer su papel —rió el albino—. También el otro sabía hacerlo. Y lo liquidamos. Vamos, acabad de una maldita vez, tengo prisa…

Se dispusieron a hacerlo. Ambos individuos extrajeron de sus ropas dos pistolas automáticas. Enroscaron sendos tubos silenciadores al cañón, con sonrisa indiferente. Stubb no tenía ya nada que ocultar. Por eso habló:

—De modo que vosotros asesinasteis a Jerry Sykes. Y a Jake Normand… Tal vez también matasteis a la chica, Jessie Foster, en la calleja…

—De modo que para ser un ejecutivo de una multinacional sabes todo eso, ¿eh, negro? —rió el albino Delfus entre dientes—. Muy bien, ya está todo claro. Acabad con los dos.

Las armas se alzaron lentamente para disparar sobre Roy Stubb y la mulata Vanity.

* * *

Todo fue muy repentino, lleno de violencia y de ritmo frenético.

La puerta saltó en mil pedazos, abatida por una fuerza demoledora. Una voz potente, gritó:

—¡Alto, en nombre de la Ley! ¡Brigada Antivicio, tiren las armas o dispararemos a matar!

Los dos pistoleros juraron de forma obscena, volviéndose con sus armas silenciosas, prestos a replicar a tiros a la conminación policial. Por su parte, el albino llevó la mano a su axila izquierda, extrayendo una poderosa «Magnum» capaz de convertir en pulpa a cualquiera.

Dan Glover y otros cuatro hombres armados habían penetrado en la estancia como un alud, empuñando sus propias armas. Dos de aquellos hombres esgrimían potentes metralletas automáticas.

La sala se convirtió en un pandemónium indescriptible, cuando aquellas poderosas armas rugieron, anticipándose a las de los traficantes de heroína. Los dos pistoleros saltaron como monigotes manejados por hilos invisibles, en un bailoteo tan grotesco como espasmódico, a medida que una sarta de balas les iba zarandeando

de lado a lado, mientras convertía sus cuerpos en sendas cribas sanguinolentas.

El propio Dan hizo fuego con su «38» sobre el albino Delfus, que no logró apretar el gatillo de su arma por décimas de segundo. Saltó atrás, rebotando en la pared con ojos desorbitados. Aun así, intentó hacer fuego. Dan apretó de nuevo el gatillo de su arma, lanzándole de bruces contra el suelo, con el cráneo perforado.

En pocos segundos se había terminado la batalla. Tres cuerpos yacían sin vida en el suelo. Pegada a Stubb, Vanity lloraba de forma convulsa, sin atreverse a mirar. Glover y sus hombres se aproximaron a ella y a Stubb, guardando las armas humeantes.

—Bueno, parece que hemos llegado a tiempo —murmuró Dan roncamente—. Costó trabajo llegar hasta aquí sin que percibieran nuestra presencia. Por lo que podía captarse a través de la radio, temí que llegáramos demasiado tarde. ¿Estás bien, Roy?

—Sí, Dan, perfectamente —resopló Stubb—. Cuidad de la chica. Iban a liquidarla conmigo, no es de la banda, aunque servía de contacto con ellos para adquirir droga. Me parece que ella no tiene nada que ver en lo de Sykes ni en lo demás.

—Eso me parece, por lo que pudimos escuchar —asintió Dan, tomando suavemente a la mulata por un brazo—. Ven, muchacha, te llevaremos donde pueden atenderte, no tengas miedo.

—¿Estoy… detenida? —gimió la mulata.

—De momento, creo que no —sonrió Glover con cierta dulzura —. Por lo que pasó aquí, es evidente que no pertenecías a su grupo. Incluso intentaste salvar a Stubb… No temas nada, te atenderán los médicos para calmarte un poco los nervios naturales que has pasado.

Además, si sales con nosotros ahí fuera y alguien te ve entrar en un coche de la policía, no pensará que tú pudiste actuar de soplona o algo parecido. ¿Sabes para quién trabajaba ese tipo albino?

—No. Sólo sé que se llamaba Delfus Diamond —dijo Vanity—. Al parecer, trabajaba para la discoteca *Superstar*, como tantos otros de nosotros…

—Sí, también Al Sande ha sido detenido. Ese *disk-jockey* de la discoteca Pop-*Show* tendrá que contarnos algunas cosas… —Se inclinó, cortando las ligaduras de su compañero, que se frotó las muñecas para restablecer la normalidad en su circulación sanguínea

—. Lamento que corrieras tanto peligro, Roy. Nunca pensé que ellos decidieran eliminarte tan pronto.

—Yo tampoco. No mordieron el anzuelo de los setecientos cincuenta mil, ¿eh?

—No podían morderlo —suspiró Dan—. Mis sospechas se confirman, por desgracia.

—¿Sospechas? ¿Qué sospechas? ¿Qué es lo que estás ocultándome, Dan?

—Primero pensé que podía estar equivocado. Ahora, no lo creo.

—¿Equivocado en qué?

—En la posibilidad de que exista un traidor en nuestro Departamento, alguien que informa a los traficantes de lo que intentamos. Así descubrieron a Sykes. Y así te han descubierto a ti ahora. Estaban bien seguros de que pertenecías a Antivicio… Eso sólo es posible, como el asesinato de Normand, anticipándose en minutos a nuestra llegada a su madriguera, en un simple hecho: tenemos un traidor en Antivicio, Roy. Alguien que da el soplo a los tipos de la droga…

La ambulancia se abría paso en la noche, llevando dentro tres cadáveres, así como otros dos hombres malheridos a golpes en el cráneo, que eran los que habían montado guardia en la madriguera de los traficantes, cerca de Santa Mónica, al borde de la bahía, donde fueran sorprendidos por Dan Glover y sus hombres.

Detrás iba un coche patrulla conduciendo a Vanity a un centro médico donde pudiera ser atendida de una posible crisis nerviosa. Y finalmente, en un coche sin distintivo oficial alguno, los dos compañeros de Antivicio. Dan conducía. Stubb meneó la cabeza, desorientado.

—No puedo creerlo, Dan —confesó al fin—. Un traidor… ¿Quién?

—No lo sé. Pero no vamos a decir nada a nadie de ello, ni siquiera al teniente Hogart. De momento, es nuestro secreto: el tuyo y el mío.

—¿Sospechas que el teniente pudiera…?

—Yo sospecho ahora de todo el mundo. El que avisó a un profesional para que matase a Normand, era de nuestro Departamento. Sólo así pudo anticiparse. Esta noche, el que informó a esos traficantes de que tú ibas a estar en el *Superstar* como cebo,

lo mismo. Perdieron los estribos e intentaron precipitar los acontecimientos… Por cierto, ya vi que lo pasaste bastante bien con la chica, Vanity…

—Me lo temía —gimió Roy—. No escucharías toda la escena, ¿verdad?

—No, corté la comunicación a tiempo —rió Dan entre dientes—. No soy de esos tipos que disfrutan oyendo o viendo a las demás parejas…

—Volvemos a estar donde estábamos. Ese albino, Delfus, pudo habernos dicho algo, haber delatado a alguien…

—Posiblemente. Pero tuve que matarle. Era un profesional. Llevaba una «Magnum», ya lo viste. Y eso no era todo. En otra funda ocultaba un «38» con silenciador. Encaja con el tipo de arma que mató a Normand. Creo que él era el ejecutor profesional de la pandilla.

—¿Y el jefe?

—Puede ser Grazziano o Moss Kelly. Entre los dos está el juego. Yo me inclino por Duke Grazziano. Esa discoteca, la *Superstar*, hacía los mismos negocios que la Pop-*Show*, pero no pertenecía al grupo de Dorado. Por tanto, sospecho que es Grazziano nuestro hombre. Lo malo es que no tenemos aún pruebas contra él.

—¿Y ese *disk-jockey*, Al Sande? ¿Crees que sabe algo?

—Ya veremos. Pero mucho me temo que sólo fuese otro intermediario que sólo tuviera tratos con Delfus Diamond como máximo. Grazziano no se dejará ver fácilmente, no suele dar la cara. Sabe que si se hiciera notar demasiado, dejaría de ser útil a la Mafia. Y ésta tiene sus propios métodos con aquellos que dejan de prestarle utilidad, bien lo sabemos.

—Es para volverse loco, Dan. Siempre que llegamos al inicio de una pista, sucede algo que nos deja de nuevo donde estábamos antes. Todo tipo que sabe algo, acaba muerto. Es como encontrarse un camino sembrado de cadáveres…

—Alguna vez se romperá esa cadena, Roy. Tengamos confianza en que sea pronto y…

Dejó de hablar al recibirse por la radio de su coche el mensaje de la centralita de la policía:

—Atención, patrullas, atención… Acaban de informar del asesinato de otro patrullero, en la confluencia de las calles Pershing

Drive y Culver, en Santa Mónica, a sólo dos manzanas del Marina Mercy Hospital. El motorista asesino ha sido visto huyendo por Culver hacia Centinela Boulevard…

Rápido, Dan dio un brusco viraje al coche, al tiempo que tomaba con la otra mano el micrófono para informar:

—¡Aquí Dan Glover, de Antivicio! ¡Estamos a pocas manzanas de ese punto precisamente! ¡Nos encaminamos en esa dirección de inmediato! ¡Corto!

Y pisó el acelerador a fondo, al tiempo que ponía en marcha la sirena del vehículo, mientras situaba sobre el techo una luz parpadeante portátil, que convirtió al potente coche de Dan en un patrullero vertiginoso, lanzado como un rutilante bólido sobre el asfalto de la gran ciudad.

Era un automóvil preparado para grandes velocidades, con un motor especial, capaz de competir en una carrera de cualquier tipo. Ningún coche patrulla de la Metropolitana hubiese podido competir con él.

De súbito, al virar la esquina de Culver, le vieron. Venía hacia ellos a toda velocidad, haciendo rugir el potente motor, las dos ruedas deslizándose relampagueantes sobre el pavimento, al casco negro y rojo sobre la cabeza, el cuerpo inclinado sobre la máquina a toda velocidad.

—¡Ahí viene! —Silabeó Dan—. ¡Es el motorista asesino!

Stubb asintió, extrayendo su revólver. Ambos vehículos parecían ir lanzados, el uno al encuentro del otro. Pero el motorista, con hábil maniobra, se desvió media manzana antes de que pudiera producirse el choque, deslizándose vertiginoso hacia una bocacalle vecina, por la que penetró como una centella.

—¡A por él! —rugió Dan, maniobrando temerariamente—. ¡No puede escapar!

Penetró por la bocacalle a tanta o más velocidad que la poderosa máquina del perseguido. Éste giró la cabeza, mirándoles a través del visor oscuro de su casco. Trató de forzar más aún la máquina que cabalgaba.

—Es una motocicleta japonesa de gran cilindrada —señaló Stubb, mordiéndose el labio—. Y ese tipo conduce como un loco.

—Es un loco. Mata patrulleros que no se meten con él. Por el simple placer de matar, posiblemente. Debemos acabar con él como

sea, Roy. Posiblemente no tengamos otra oportunidad como ésta. Sí, conduce una «Yamaha», pero este coche no es un patrullero normal y corriente. El nos gana en facilidad de maniobra. Nosotros, en potencia. Veremos quién vence a quién…

La carrera era escalofriante. Muchos coches debían maniobrar de forma desesperada para evitar el choque, primero con la poderosa motocicleta, después con el deportivo relampagueante de Glover, lanzado como un bólido en plena pista de competición. Un automóvil se incrustó en un escaparate, otro arrancó una boca de riego, un tercero saltó al bordillo y terminó derribando un puesto ambulante de hamburguesas en medio del gran estruendo.

El motorista iba salvando todos los obstáculos. Saltó como una centella a la ancha cinta asfaltada de Sepúlveda Boulevard. Dan le siguió implacable, sin perder terreno. Los faros de otros coches se cruzaban con ellos como relámpagos de luz fugaz. Muy lejos, aullaban las sirenas de la policía. Demasiado lejos para que sirvieran de algo.

En la distancia apareció un pesado tráiler en dirección contraria a ellos. El motorista hizo una audaz maniobra para evitarlo. Las ruedas patinaron en un asfalto demasiado húmedo. Estuvo a punto de voltear con su ocupante, pero éste salvó el trance, logrando recuperar la horizontalidad de su vehículo.

Dan juró entre dientes. Pasó como una exhalación junto al tráiler, cuyo conductor hizo sonar rabiosamente el claxon en señal de disgusto. Roy asomó su pistola por la ventanilla en ese momento, afinó la puntería y disparó.

Fue certero. Su bala se clavó en la rueda trasera de la «Yamaha» de gran cilindrada. Fue un impacto decisivo. La máquina chirrió, empezando a agitarse en el asfalto, perdida la estabilidad. Su conductor lo notó. Soltó el manillar, saltando fuera de la motocicleta. Ésta brincó como un caballo herido, yendo a estrellarse contra una valla de madera.

Los faros del coche de Dan envolvieron en luz al hombre del casco rojinegro. Su visor oscuro centelleó, imposibilitando captar sus ojos. Una mano enguantada del motorista se alzó, esgrimiendo un revólver.

Dan maniobró, haciendo deslizar de lado a su coche en un zigzag violento que impidió que la bala le alcanzara. Aun así, la oyó

maullar en un guardabarros. Luego, Roy disparó de nuevo.

Esta vez el motorista abrió sus manos en cruz, soltó el arma, se tambaleó y acabó por rodar de bruces en el asfalto, bajo la luz de los faros. Varios coches rugieron junto a él, a punto de aplastarle con sus ruedas. Algunos otros se detuvieron. Dan metió el freno, saltando a tierra con Stubb, ambos revólver en mano. Corrieron hacia el caído. Un automovilista gritó algo. Dan le mostró su credencial.

—¡Policía! —gritó—. ¡Estamos persiguiendo a un criminal!

Nadie intervino a partir de ese momento. Ambos agentes llegaron junto al caído. Le pusieron boca arriba, a la luz de los faros. Numerosos coches y conductores formaron corro en torno suyo en el bulevar. Dan le quitó el casco al motorista asesino, tras comprobar que la bala de Stubb le había atravesado el pulmón.

—Vaya por Dios… —dijo Dan roncamente—. Es Stark Mercury, el joven cantante de *rock*… Él era el asesino de los patrulleros de la policía…

—Pero ¿por qué? —musitó Stubb asombrado—. ¿Por qué…?

CAPÍTULO VII

—Sí, Stark, ¿por qué? ¿Por qué tú un asesino de policías?

La pregunta flotó en el ambiente. Al herido le costó responder. Tosió secamente. Los labios se le llenaron de burbujas sanguinolentas.

—Tenía que hacerlo —susurró—. Los malditos patrulleros… Ellos causaron la desgracia de mi padre…

—¿Tu padre?

—Sí… Mercury es sólo un nombre artístico… No me llamo así… Mi verdadero nombre es Stark Hellinger…

—Hellinger… —repitió Dan cambiando una mirada con Stubb —. Conocí a un viejo policía llamado Hellinger. Se jubilaba cuando yo me iniciaba en esto…

—El era… mi padre… —jadeó el joven—. Un gran… policía… Pero unos malditos patrulleros la tomaron con él. Celos, envidia, todo eso… Presentaron pruebas falsas contra mi padre porque había sido mejor que ellos y dejó de hacer patrullas… Le acusaron de corrupción. Era mentira. Pero perdió la jubilación, le expulsaron de la policía de forma disimulada, casi clandestina… Se suicidó un día, desesperado por no poder probar su inocencia… Yo juré vengarme… matar a cuantos patrulleros me fuera posible…

—Ése no era el camino para vengar a tu padre. Debiste intentar rehabilitar su memoria, encontrar pruebas de su inocencia… Muchos te hubiéramos ayudado. Mataste a policías inocentes, que nada tuvieron que ver con aquellos hechos…

—No me… importa… —sonrió el herido, mostrando sus dientes llenos de sangre—. También maté… a dos de aquellos sucios patrulleros que se habían fingido camaradas suyos, vendiéndole luego por envidia… Sólo que ésos estaban ya jubilados, no se habló

mucho de ello…

—Dios mío, muchacho, fue todo una locura… Nunca debiste hacerlo… —le reprochó Stubb amargamente—. Una vida joven, malograda tan estúpidamente…

—Eso es igual ya. Esto se acaba, me doy cuenta. Estoy listo… —Meneó la cabeza al oír aproximarse una ambulancia por el bulevar—. Ésos ya no sirven de nada. Me muero. Quiero decirles algo antes de… de dejar este mundo…

—¿Qué es, Stark? —quiso saber Dan.

—Se refiere a su asunto… Ya sabe, lo de la droga y todo eso… Me gustaría… que los asesinos de Jessie pagaran. Era una buena chica. Me… me gustaba…

—Habla —le apremió Dan, temiendo que no tuviera vida suficiente para revelar lo que fuese—. Habla, muchacho, por favor…

—Yo sé… Que ella ocultó algo de gran valor en… en un sitio de donde guardaba una llave… Una llave con el número 17…

—La tenemos. —Dan y Stubb se miraron, rápidos—. ¿Qué hay de ella?

—No es de ninguna consigna… Pertenece… a un gimnasio femenino en… en Compton Boulevard… No tiene pérdida, está sobre un negocio de máquinas electrónicas, cerca de Central Avenue…

—¿Qué más sabes sobre Jessie?

—Ella… tenía miedo. Pero estaba metida en eso de la discoteca. Ya sabe, prostitución juvenil, droga… de todo. Se resistía a… a drogarse. Nunca quiso hacerlo, pese a las presiones de Al Sande, de Raúl Dorado, de otras chicas…

—Ella mató a Dorado, ¿lo sabías?

—Lo sospechaba… Le tenía miedo y asco. El iba tras ella, yo no podía evitarlo o me hubiese despedido… Pero Dorado era un pez de segunda clase…

—¿Quién es el pez gordo?

—Duke Grazziano. Es mentira que compitiese con Dorado. Últimamente se habían hecho socios los dos… aunque fingían seguir peleándose… Ellos… ellos introducían en los Estados Unidos toda la droga del «rey de la Coca» en Centroamérica, el general Néstor Arenas, que va a ser nombrado presidente de su país esta

semana… Si lo que ocultó allí Jessie llegara a ver la luz… el general no sería nunca presidente. Es el amo de la droga actualmente. Incluso es posible que perdiera su fortuna… y su vida… cosa que, por otro lado, sería la sentencia de muerte para Grazziano… Por eso él debe estar ahora como loco… buscando eso que Jessie escondió. Sólo ella y yo sabemos lo del gimnasio. Ella era… era asociada del mismo… y… y… ¡Dios mío, me muero!

Los camilleros no llegaron siquiera a ponerle en la camilla. Cuando lo intentaron, estaba muerto. Le cubrieron con la sábana, cargándole en la ambulancia ya sin prisas. Dan y Stubb se quedaron en medio del asfalto, viendo partir al vehículo sanitario con el joven cantante de *rock* dentro, camino de la Morgue.

—Bueno… Parece que esta vez sí tenemos camino a seguir, aunque encontráramos otro cadáver… —musitó Stubb.

—Así es. Que Dios haya perdonado a ese muchacho su locura homicida… Ahora, Ray, tenemos que encontrar ese gimnasio antes de que Grazziano y su gente se nos anticipen de nuevo. Ya sabes: nada de informar al Departamento. Sería tanto como darle a Grazziano la primicia en propia mano…

—¿Tan importante puede ser lo que ocultó esa chica?

—Debe serlo, evidentemente, para significar no sólo la caída de Grazziano, sino la ruina del hombre más poderoso de todo Centroamérica en el tráfico de narcóticos… Y eso es lo que me da miedo, Roy. Es demasiado importante como para que ellos se hayan quedado con los brazos cruzados. Deben estar buscando ese escondrijo como locos desde hace tiempo…

—Pero ya oíste a ese desdichado: sólo él y Jessie Foster sabían su paradero…

—Eso es lo que me preocupa, Roy. Estaba pensando en alguien…

—¿En quién?

—En una joven camarera llamada Audrey Lane, compañera de apartamento de Jessie Foster, ¿recuerdas?

—Cielos, no pensarás que… —Roy Stubb le miró asustado.

—No quiero pensar nada —corrió hacia el coche aparcado allí cerca—. ¡Vámonos, Roy! Creo que no tenemos tiempo que perder. Y lo malo es que no podemos utilizar la radio de la policía durante el camino, porque alguien en el Departamento podría escuchar la

comunicación y obrar en consecuencia…

—¿Adónde vamos, entonces?

—Primero, a una cabina telefónica, a intentar localizar a Audrey Lane. Y luego… ¡al gimnasio femenino de Compton Boulevard…!

* * *

Audrey Lane marcó el número de la tarjeta de visita que sujetaba entre sus dedos. Se equivocó en una cifra Tuvo que cortar, volviendo a iniciar la operación de marcar. Estaba nerviosa. Muy nerviosa. Y asustada, incluso.

Ya había recibido tres llamadas casi continuas. En todas ellas, la misma voz susurrante, amenazadora:

—Señorita Lane, tenga cuidado. No hable con nadie. Su vida peligra. Pero si sabe algo de su amiguita Jessie Foster, vale más que se lo diga a quien puede ayudarla. Si recurre a la policía, está perdida. Morirá como murió ella…

Siempre frases parecidas. Siempre la misma voz hablando en un susurro.

Audrey estaba aterrorizada. Claro que sabía algo. Algo que no había dicho a nadie, ni tan siquiera a la policía.

Algo que había recordado después, en relación con su compañera de alojamiento.

Tenía que pedir ayuda. No se fiaba de aquella voz misteriosa. En cambio, sí le daba confianza aquel atractivo joven del mechón rebelde que se presentara a ella como Dan Glover, de la Brigada Antivicio. Por eso le estaba llamando ahora.

Y no llamaba desde su casa, porque temía que el dueño de aquella voz amenazadora tuviese intervenido el teléfono. Llamaba desde su lugar de trabajo, donde había un teléfono público en una cabina.

Logró al fin contactar con la Brigada Antivicio. Una voz de mujer le habló:

—Lo siento, el agente Glover no está aquí. Tampoco el agente Stubb. ¿Quiere hablar con el teniente Hogart quizá?

—No, no, gracias. Prefiero hacerlo solamente con el señor Glover, es importante… y confidencial.

—Bien. ¿Quién le digo que ha llamado? No creo que tarde en llegar.

—Audrey Lane. El sabe quién soy. Dígale que estaré trabajando en el restaurante esta noche hasta las doce y media.

—¿Sabe él cuál es el restaurante en que usted trabaja?

—No, creo que no. Es el situado entre Wilshire y Vermont, justo en la esquina de ambas calles, el Parisién. Dígale que es urgente. Y que se refiere a Jessie Foster.

—Descuide, se lo diré en cuanto llame o se presente. ¿Algo más, señorita Lane?

—No, no, gracias. Que se apresure, por favor. Es importante que lo haga…

Colgó. Miró en torno, comprobando que todo era normal en el restaurante. Respiró con alivio, saliendo de la cabina. Se encaminó a la cocina para seguir sirviendo al turno de noche que le correspondía en ese día cumplir.

* * *

—Nada —murmuró Dan malhumorado, colgando el teléfono—. No responde nadie. No está en casa esta noche.

—¿No trabaja en turno de día en el restaurante?

—Sí, eso dijo. Tal vez hoy deba cubrir otro turno, no sé… ¿recuerdas el nombre del restaurante donde trabaja esa chica?

—No, no lo dijo, que yo recuerde —dijo Stubb, meneando la cabeza.

—Sí, es lo mismo que pensaba yo —resopló Dan, volviendo al coche—. Vamos, Roy. Tenemos que encontrar esa taquilla número 17 del gimnasio femenino de Compton Boulevard… Tal vez me excedí en imaginar cosas. Si esa chica no sabe nada sobre Jessie Foster y sus pruebas ocultas contra Grazziano y contra el general Arenas, no tiene nada que temer.

El coche arrancó veloz, deslizándose sobre el húmedo asfalto callejero, negro como la misma noche, aunque reluciente donde reverberaban las luces del tráfico o de los establecimientos.

El radioteléfono del coche emitió la señal de llamada. Dan lo tomó, sin dejar de conducir su poderoso deportivo.

—Aquí Glover —dijo—. ¿Quién llama?

—Departamento Antivicio. Soy yo, la agente Lockhart.

—Ah, hola, Doris, ¿cómo va todo por ahí?

—Sin novedad. ¿Y vosotros?

—Cazamos al asesino de patrulleros. Ya no volverá a caer ninguno más.

—Sí, eso me dijeron. Por eso os llamaba para felicitaros. El teniente acaba de salir para hacerse cargo del asunto. ¿Vais a pasaros por aquí?

—Tal vez más tarde. Tenemos algo importante que hacer, Doris. Ya nos veremos.

—De acuerdo. Supongo que os habrán dado la llamada recibida hace rato…

—¿Llamada? —Dan arrugó el ceño—. ¿Qué llamada?

—Bueno, yo estaba en otro teléfono cuando llegó. No pude dejar de escucharla, aunque no pretendía curiosear. Una chica preguntaba por ti, Dan. Y parecía ansiosa por verte.

—¿Una chica? —Cambió una rápida ojeada con Stubb, que arqueó las cejas, perplejo—. ¿Qué chica, Doris? ¿Quién recibió esa llamada?

—La pasaron a esta oficina desde centralita. Fue la sargento Leilah Young, de Archivo, quien la recogió. Estuvo hablando con la chica. Creí que te habría llamado ya informándote…

—Pues no lo hizo. —Dan tragó saliva, entornando los ojos, que relucieron como trozos de acero afilado—. ¿Quién era la chica?

—Audrey Lane, ése era su nombre. Camarera de restaurante…

Dan soltó una imprecación. Crispó la mano sobre el auricular.

—¡Me lo estaba temiendo! —jadeó—. ¿Sabes lo que dijo?

—Sólo que era urgente verte. Importante, añadió. La sargento Young dijo que te avisaría sin falta. Creí que lo habría hecho…

—¿Está ahí la sargento ahora?

—No —negó la fornida agente de Antivicio—. Ha salido. Veo que no dejó siquiera una nota para ti con el mensaje… Y ella no puede saber que yo escuché casualmente la conversación…

—¡Pronto, Doris, trata de recordar si esa chica dijo algo más, por ejemplo dónde podía encontrarla!

—Claro que lo recuerdo: trabaja en el restaurante Parisién, en la esquina de Wilshire con Vermont y…

—¡Dios te bendiga, Doris, eres un encanto! —Casi gritó Dan, pisando el acelerador y pegando un brusco giro al coche—. ¡Recuérdame que te debo un hermoso ramo de flores por esto! ¡Cierro ahora!

Se dedicó de lleno a conducir. La carrera se convirtió en un circuito suicida por la ciudad. Stubb le miraba atónito.

—Dan… —jadeó el agente de color—. ¿Quieres decirme qué ocurre?

—Que acabo de descubrir quién es el traidor en el Departamento: la sargento Leilah Young, esa encantadora y atractiva pelirroja que se ocupa del Archivo…

—¡Dios, no! ¿Cómo puede suponer tal cosa?

—Se ha ido en busca de Audrey Lane. Ya habrá avisado sin duda a sus compinches. Esa chica llamó al Departamento en nuestra ausencia. La sargento tomó el teléfono. Y ahora, Audrey corre peligro de muerte, ¿comprendes?

—Cielos… —Stubb asintió, sombrío—. ¿Crees que llegaremos a tiempo?

—No lo sé. Al menos nos lleva veinte minutos o media hora de ventaja, Roy… Dios quiera que aún no sea demasiado tarde… o arrancaré el pellejo a tiras a esa maldita zorra. ¡Y pensar que yo quería invitarla a cenar cualquier día de éstos! ¡Jerry Sykes murió por culpa de ella, lo mismo que Jake Normand! ¡Y tú mismo estarías muerto ahora con esa chica, Vanity, por culpa de la sargento Young, de haber ido las cosas mal!

—La muy put… —Gruñó Stubb crispando el gesto.

El coche volaba hacia Wilshire Boulevard. Saltó varios semáforos en rojo. Un coche patrulla partió de inmediato tras ellos. Dan puso el faro parpadeante sobre el techo del coche e hizo sonar la sirena. El coche patrulla renuncio entonces a seguirles, comprendiendo que eran agentes de policía. Pero aun así, se mantuvo a prudencial distancia, rodando tras ellos, por lo que pudiera suceder.

Alcanzaron Wilshire en pocos minutos. Frenó con un chirrido áspero de neumáticos sobre el asfalto frente al restaurante mencionado, cuyas vidrieras aparecían iluminadas. Dentro, unos pocos clientes noctámbulos consumían su cena de medianoche. Vieron a dos o tres camareras uniformadas sirviendo esas mesas. Pero ninguna era Audrey Lane.

Dan penetró como una exhalación en el local, seguido de Stubb. Caminó a largas zancadas hasta la caja, mostrando allí su placa a un sobresaltado encargado.

—Brigada Antivicio —dijo secamente—. Busco a la camarera Audrey Lane. Es un importante testigo en un caso por asesinato.

—Lo… lo siento. Ya vinieron sus compañeros a recogerla —dijo el hombre con tono apurado.

—¿Compañeros? —Dan tragó saliva, palideciendo—. ¿Se refiere que la señorita Lane se ha marchado con otras personas?

—Así es. Eran también agentes de policía. Una oficial venía con ellos, me mostró su placa… La subieron a un coche, al parecer iban a ver a un tal agente Glover…

—Yo soy el agente Glover —cortó Dan—. Y no envié a nadie a recoger a la señorita Lane. ¿Cuándo sucedió eso?

—Hará cosa de diez minutos, más o menos… ¿Es que ocurre algo, agente?

—Sí. Esos hombres no eran policías. Posiblemente ahora la señorita Lane haya sido asesinada sin remedio…

Dio media vuelta, corriendo al coche, mientras el encargado se quedaba rígido, con la cara blanca como el papel, mirándole con ojos desorbitados por el horror.

—¡Llegamos tarde! —Gruñó a Stubb, que montaba guardia en la puerta—. Se la han llevado. Eran asesinos a sueldo de Grazziano. Y esta vez, la sargento Young venía con ellos. En el restaurante pensaron que eran todos policías. Audrey Lane se fue engañada, creyendo que iba a mi presencia…

—Dios, Dan, ¿y qué hacemos ahora? ¿Dónde la buscamos? Ignoramos el escondrijo, la madriguera del maldito Grazziano…

—Por supuesto. Pero gracias a aquel desdichado Stark Mercury, sabemos cuando menos dónde ocultó su novia, Jessie Foster, las pruebas contra Duke y contra el general Arenas. Eso puede bastarnos para intentar algo…

—Pero ¿y la vida de la chica?

—Desgraciadamente, no podemos hacer nada por ella. Pero si alcanzamos esas pruebas, es posible que podamos aún efectuar un canje, recuperando con vida a la chica… siempre que no esté ya como Jessie Foster, en cualquier callejón de la ciudad.

De nuevo volaban sobre el asfalto, como si aquello fuese un circuito de Fórmula 1. Dan conducía como un suicida, pero Stubb no tenía miedo; conocía bien la parida de su compañero al volante.

Ahora se dirigían a Compton Boulevard, cerca de Central

Avenue. Al gimnasio femenino donde Jessie Foster había ocultado algo vital para la organización de la droga en los Estados Unidos, en una taquilla numerada con el 17…

CAPÍTULO VIII

—Pero… pero ¿adónde me llevan? Éste no es el camino de la comisaría…

—No, querida, no lo es —sonrió a su lado la pelirroja y seductora sargento de policía Leilah Young—. No vamos a la comisaría, ciertamente.

—Pero usted me dijo… —Audrey dirigió una mirada de preocupación en torno, sobre todo a los dos hombres que se acomodaban ante ella en el compartimiento delantero del rápido coche negro en que era conducida. Luego, miró al otro hombre que la flanqueaba, con dura sonrisa, al lado opuesto al ocupado por la sargento de Antivicio.

—Lo que yo dijera importa poco ahora, querida —dijo duramente la sargento—. Te llevamos a dar un paseo para hablar contigo amistosamente, ¿comprendes?

—No, no comprendo… —Pero la voz empezó a temblarle ligeramente.

—Creo que sí lo comprendes —los azules ojos de la bella policía se fijaron fríamente en ella—. Sabes cosas sobre tu amiguita Jessie Foster, ¿verdad? Tal vez has recordado algo relacionado con ciertas cosas que ella guardaba… Cosas que no le pertenecían, que eran bastante peligrosas…

—¿Qué significa esto? Usted no habla como un policía… ¡Todo es mentira, ustedes no son policías! —Casi gritó ella.

—Hijita, sigue tranquila o te vuelo la cabeza —suspiró Leilah Young, extrayendo de sus ropas un reglamentario «38», que amartilló con frialdad ante el horror de su cautiva—. Claro que soy policía. Pero mis compañeros, no. Todos tenemos interés en eso que querías decir al agente Glover, ¿comprendes? Y esperamos por tu

bien que nos lo digas por las buenas, sin tener que recurrir a violencias innecesarias, ¿no es cierto, querida?

Hurgó en su costado con el cañón del arma. Audrey sintió un frío glacial subiendo por su espina dorsal, para casi congelarle el corazón. El contacto de aquel helado acero sobre su piel, a través del liviano uniforme de camarera, era como la caricia de la propia muerte.

—Dios mío… —sollozó—. Ustedes eran los que me llamaban últimamente a casa…

—Así es, preciosa —rió huecamente el hombre situado a su lado —. Ya te dijimos que era peligroso hablar con la policía. Y tú pretendiste hacerlo esta noche desde el restaurante, pensando que no nos enteraríamos, ¿verdad? Ya ves que nuestra mano llega lejos… Será mejor que hables ya. ¿Qué ibas a comunicarle al agente Glover? ¿Qué es lo que sabes en relación con tu amiguita Jessie?

—Yo… nada… —Tragó saliva Audrey—. Iba a comunicarle lo de las amenazas telefónicas, eso es todo…

—¡Mentira! —rugió la sargento Young, hincándole con más fuerza el arma en el costado—. Eso no es urgente ni de gran importancia como era lo que ibas a decirle. No sigas perdiendo el tiempo con burdos engaños, porque mi paciencia se acaba. ¿Quieres sentir la quemadura de una bala desgarrándote las entrañas ahora mismo?

—No, no… —sollozó la muchacha—. Pero si hablo, si digo algo…, ustedes me matarán igual. Sé demasiado, me ha confesado que usted es policía, por lo tanto traiciona a su departamento… No me dejará viva aunque hable…

Era una conclusión aplastantemente lógica. Leilah Young se mordió el labio inferior, cambiando una agria mirada con el otro hombre. Luego, rápida, replicó:

—Eso es cierto, sólo en parte. Sabes demasiado. Pero no tengo el menor interés en matarte, muchacha. Lo que andamos buscando tiene mucho valor. Millones. Una vez conseguido, me marcharé del país con mis amigos. Seré rica. ¿Qué me importará entonces lo que tú sepas, si estaré lejos de los Estados Unidos y de la maldita policía? Te doy mi palabra de que si hablas, no tienes nada que temer, querida. Te dejaremos ir con vida, te lo prometo.

—¿Y si no cumplen su palabra…? —dudó la joven camarera.

—Tendrás que fiarte de ella —habló con frialdad la sargento—. Elige: o hablas, arriesgándote a que cumpla lo prometido… o te mato ahora mismo. No espero más, de modo que piénsalo bien. Tienes sólo cinco segundos para decidirte.

Audrey Lane leyó en aquellos helados ojos de mujer que era cierta la alternativa, aunque no podía estar segura de salir con vida de aquello. Por tanto, se resolvió en sólo tres segundos:

—Está bien —musitó—. Les llevaré donde Jessie Foster guardaba algo de gran valor, según me reveló un día que venía algo bebida… Es una confidencia que había olvidado casi por completo y que hoy día me vino a la mente…

—¡Buena chica! —aprobó Leilah Young con una sonrisa—. Adelante, condúcenos adonde tú sabes… ¡y deprisa!

—Tomen por otra ruta… Tenemos que ir a Compton Boulevard, a la altura de Central Avenue… Deténganse ante un gimnasio femenino, sobre un negocio de máquinas electrónicas…

—Ya habéis oído —habló secamente la mujer policía a los de delante—. Vamos allá a toda prisa, muchachos. Nuestra guía parece haber entrado al fin en razón…

* * *

—Aquí es. *Gimnasio Hollywood para mujeres*, eso dice el anuncio del primer piso, sobre el negocio de máquinas electrónicas…

—Es el sitio —afirmó Audrey Lane—. Jessie lo mencionó…

—¿Y qué? ¿En qué lugar de ese gimnasio guardaba tu amiguita su secreto?

—Yo se lo indicaré en cuanto estemos arriba —musitó Audrey—. Tengo que ver el lugar para saber el emplazamiento exacto, Jessie fue poco explícita en detalles, recuerden que iba ebria cuando me habló de ello, en un arranque de confianza…

—Está bien —se impacientó la sargento—. Vamos allá.

—Nosotros también subimos —dijo inesperadamente el hombre sentado junto al conductor del coche negro, girando la cabeza despacio—. Quiero verlo por mí mismo, sargento.

—¿Usted, señor Grazz…? —comenzó Leilah.

—Nada de nombres —cortó seco el aludido, abriendo la portezuela—. A veces, hasta el aire tiene oídos, sobre todo de noche, recuérdelo.

—Sí, señor —dijo la policía respetuosa, casi con temor—. Como quiera. Si desea usted subir personalmente…

—Me juego mucho en este asunto —habló con tono helado el hombre, irguiéndose en la acera, bajo una farola de alumbrado—. Quiero recoger eso con mis propias manos…

La policía asintió en silencio. Se quedó solo en la calle el hombre que conducía el coche negro, vigilando. Sobre sus rodillas depositó una enorme automática calibre 45, con silenciador. Los otros tres partieron hacia el edificio del gimnasio, llevando consigo a la cautiva Audrey.

Duke Grazziano abría la marcha. Era un hombre alto, enjuto, de abrigo negro y sombrero de fieltro calado hasta las orejas. Unas gafas de cristales color caramelo velaban sus ojos oscuros, astutos y fríos.

Ante la puerta que conducía al gimnasio, vecina a los escaparates de la cerrada tienda de máquinas electrónicas, se detuvo el grupo. Leilah extrajo un juego de llaves maestras. Probó un par de ellas en la cerradura. Al fin logró abrirla con un chasquido. El paso estaba libre para el grupo.

—Arriba —ordenó Grazziano en un susurro.

Subieron unas empinadas escaleras, hasta una puerta vidriera cerrada, sobre la que brillaban las doradas letras de un rótulo:

GIMNASIO FEMENINO HOLLYWOOD

MASAJES, AEROBIC, SAUNA, PREPARACIÓN FÍSICA

—Otra cerradura —gruñó Grazziano, molesto.

La sargento Young asintió, pero de nuevo sus llaves obraron el milagro. Franquearon la vidriera, entrando en el oscuro local, donde sus pisadas resonaron huecamente. Cruzaron una sala de recepción, penetrando en una serie de pequeñas saunas y lugares para masajes. Luego, alcanzaron una enorme nave de alto techo, repleta de útiles para practicar ejercicios de gimnasia y deporte. La mirada de Audrey se fijó en el fondo, en una hilera de taquillas estrechas de metal numeradas, donde las clientes del gimnasio guardaban habitualmente sus útiles o sus ropas de calle mientras practicaban allí sus ejercicios.

—Es allí —dijo Audrey Lane roncamente—. En esas taquillas…

La sargento la miró con cierta sorpresa. También Grazziano, con sus manos en los bolsillos.

—Es allí, ¿qué? —demandó la mujer policía.

—Donde Jessie guardó lo que tanto estimaba… En la taquilla número 17… si no recuerdo mal… Debía decírselo aquel día al agente Glover, pero no tuve valor para ello…

—De modo que no lo recordaste hoy por casualidad —dijo glacialmente Grazziano, sin desviar sus ojos de ella—. Sabías perfectamente que callabas algo importante…

—Lo siento. Ahora ya lo sabe. Ahí encontrarán lo que buscan. He cumplido mi parte. Espero que me dejen ir en libertad…

—Vamos a ver si es cierto lo que dices. Luego quedarás libre —habló con aspereza Leilah Young.

Fue hasta las taquillas metálicas, seguida por el resto del grupo. De nuevo entró en juego su manojo de llaves ganzúas. No le costó nada abrir el número 17. Grazziano pegó un respingo, contemplando la bolsa de deporte allí dentro, de color blanca y azul.

—Ahí dentro —silabeó—. Déjeme ver a mí, sargento.

Fue hasta la taquilla, tomando la bolsa. Abrió de un tirón la gruesa cremallera. Ante sus ojos aparecieron una serie de fotocopias nítidas, encuadernadas, así como fotografías y un par de cassettes de vídeo. Lo examinó todo atentamente a la luz de una linterna que extrajo del bolsillo, puesto que estaban actuando en el gimnasio a la simple claridad que penetraba de la calle por los ventanales provistos de persianas a medio cerrar.

—Sí, está todo —afirmó roncamente—. Aquella zorra se apoderó de muchas cosas… y sacó copias de otras.

Hubiera sido mi ruina, la ruina de todos… Vámonos ya.

—Sí, señor —afirmó la mujer policía. Señaló a Audrey—. ¿Y la chica?

—De eso se ocupará Rocco —dijo el mañoso señalando a su silencioso compañero—. Mátala.

—¡Dios mío, no! —chilló Audrey, retrocediendo mortalmente pálida—. ¡Yo les traje aquí, lo tienen todo gracias a mí! ¡Me hicieron una promesa!

—Yo, no —rió Grazziano entre dientes—. Vamos, Rocco, dispara. Acabemos con eso. Dejaremos su cadáver aquí mismo…

El llamado Rocco asintió. Extrajo una automática con silenciador. Sonrió duramente, mirando con ojos inexpresivos a la muchacha mientras alzaba el arma con la mayor frialdad del mundo.

Grazziano y la sargento Young iniciaron la retirada hacia la salida, como si nada sucediera a sus espaldas…

* * *

—¡Alto! ¡Brigada Antivicio! ¡Tiren las armas!

La voz retumbó en la hueca, vasta sala de gimnasia con resonancias poderosas. Grazziano lanzó un grito ronco, volviéndose en redondo, lo mismo que Leilah Young, ambos echando mano a sus armas.

El hombre que iba a asesinar a Audrey Lane se revolvió sobre sí mismo, dirigiendo su arma al lugar de donde llegaba la voz.

Restallaron las ásperas detonaciones en el lugar, despertando ecos sonoros en muros y techumbre. El pistolero de Grazziano pegó un salto espasmódico al recibir los balazos de Dan Glover en el pecho. Soltó su arma, empezando a caer, cuando ya Roy Stubb apretaba el gatillo, disparando sobre Grazziano y la sargento Yound, ambos con sus armas de fuego en las manos.

El mafioso soltó su arma, cuando se le destrozó la mano de un balazo certero. La sargento tuvo menos fortuna que él. Intentó disparar sobre Stubb y Glover, que habían surgido súbitamente de detrás del mueble metálico de las taquillas numeradas, arma en ristre.

Stubb y Glover no tuvieron otro remedio que apretar el gatillo de sus respectivos revólveres cuando ella hizo fuego. La bala rebotó en el mueble metálico, junto a la cara de Glover, arañando la superficie bruñida. A cambio, la hermosa sargento Young saltó atrás, empujada por dos balas del «38» que la hicieron rebotar en un potro, golpear unas anillas, para terminar desplomándose en una cama elástica, donde su cuerpo ensangrentado fue rebotando grotescamente unos momentos, hasta quedar inmóvil, tendido sobre la lona.

—Dios mío… —sollozó Audrey horrorizada, contemplando todo aquel tiroteo—. Abajo hay otro hombre esperando en el coche…

—No tema, hay unos patrulleros apostados en la calle. Ninguno

de ustedes los vio, pero están allí —sonrió Dan bajando el arma. Luego miró fríamente al mafioso Grazziano, con su diestra reventada de un balazo—. Pude haberte matado, alimaña, pero prefiero que vivas para ir a presidio por el resto de tus días… Tal vez allí te liquide alguien alguna vez, por orden del general Arenas, cuando él deje de ser candidato a la presidencia de su país y se vea arruinado por culpa de tus errores…

—Matadme, será mejor para mí… —suplicó Duke Grazziano.

—No, amiguito —negó Stubb, riendo duramente—. Debes pagar por Jerry Sykes, por Jessie Foster, por Jake Normand, por muchos otros… Irás a presidio por el resto de tu vida. Y vivirás allí con el temor a que un día te corten el cuello… Será el mejor castigo para un miserable como tú…

—¿Cómo… cómo pudieron saber…? —musitó Audrey, apoyándose en Dan, con sus bonitas piernas vacilantes.

—Otra mujer policía que sí es honrada escuchó casualmente su llamada… Por otro lado, Mercury, el novio de Jessie, nos habló de este gimnasio… Logramos llegar esta vez antes que ellos y esperar… Intuía que les traería usted aquí, puesto que no le quedaba otro remedio. Gracias a eso hemos podido caer sobre esa sucia chusma, señorita Lane.

—Ahora llevaremos a ese pájaro al Departamento. —Stubb señaló a Grazziano, al que esposó sin contemplaciones, pese a la hemorragia que brotaba de sus dedos rotos—. Y usted podrá recuperarse en nuestra compañía, no tema…

—Luego, incluso es posible que nos quede tiempo para tomar algo en algún local abierto, todos juntos —apuntó Dan Glover con una sonrisa, tomando a Audrey de la mano dulcemente.

—Oh, seguro —asintió Stubb—. Y yo llevaré conmigo a otra chica, una tal Vanity, con la que he quedado antes…

—¿Lo ve? —sonrió ampliamente Dan, acompañando a Audrey Lane hacia la salida—. Todo ha terminado bien. Podremos celebrarlo juntos los cuatro esta misma noche, ya verá…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/